

Refugiados en Cristo

Y ya estamos en 2015. Año tras año, vemos la fidelidad de nuestro bendito Dios y Padre.

En el mundo entero, el año 2014 fue un año muy violento, y no esperamos un tiempo mejor para nuestra decadente sociedad. Más bien, sabiendo que la palabra de Dios debe cumplirse, solo cabe refugiarse en la Persona gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

En este sentido, su Palabra, bajo la iluminación del Espíritu Santo, prepara nuestros corazones, pues la iglesia, el cuerpo de Cristo, tiene un destino maravilloso, más allá del tiempo presente. Aquí solo nos resta guardar la fe, correr con paciencia y seguir peleando la buena batalla.

Incluimos, por primera vez, un mensaje de Cesar Coneglian, de Brasil, amado siervo del Señor, con quien nos une una preciosa comunión, cuyo ministerio tiene un fuerte énfasis en la familia. Muchos de sus mensajes están disponibles en www.sopalavra.org.br

Confiamos en que, mediante la gracia de nuestro Señor, la palabra contenida en la presente edición contribuirá a la edificación de sus santos. También agradecemos vuestras oraciones, pues, gracias a ellas, las aguas vivas siguen fluyendo.

El Señor fortalezca la fe de su pueblo en toda la tierra.

El brote de Ébola en África

y el resurgimiento de las pestilencias

¿Creó Dios a los microbios patógenos? ¿Son un producto de la evolución?

Ricardo Bravo M.

Desde tiempos antiguos, el ser humano ha debido enfrentar temidas pestilencias, enfermedades contagiosas y graves, que originan gran mortandad. Los primeros registros de peste datan de hace unos 3.500 años y se hallan en la Biblia. En el libro de Éxodo (9:8-10), hay una clara alusión a una peste que afectó a los habitantes de Egipto y a sus animales. En el Nuevo Testamento, el propio Señor Jesucristo asegura que las pestes acompañarán a la humanidad hasta el final (Mat. 24:7).

La peste negra

Una de las más grandes pestilencias que ha azotado a la humanidad, la peste bubónica o peste negra, se produjo a mediados del siglo XIV. Habrían muerto unos 25 millones de personas en Europa, pero mucho más en Asia, donde se habría originado la enfermedad (unos 50 millones), siendo trasladada a Europa por medio de

las rutas comerciales. Se calcula que entre un 30 y un 60% de la población europea murió infectada por la bacteria responsable de la peste negra.

La viruela fue otra peste terrible que, luego de diezmar Europa en el siglo XVI, viajó con los conquistadores a América, causando estragos entre los nativos del Nuevo Mundo, calculándose las muertes en 10 a 15 millones.

A inicios del siglo XX, un nuevo virus desató otra mortífera pestilencia, la influenza o gripe española, generando una pandemia (epidemia global) que causó más muertes que la Primera Guerra Mundial. Se estima que murieron entre 50 y 100 millones de personas en todo el mundo. La enfermedad atacó a toda la población, incluyendo a gente joven y sana.

En tiempos más recientes, el virus responsable de la inmunodeficiencia humana (VIH), ha cobrado ya unos 36 millones de víctimas mortales, de

acuerdo a la Organización Mundial de la Salud (OMS). Si bien este síndrome tiene distribución mundial, es en África subsahariana donde se concentra el 69% de la población mundial VIH-positiva, en donde uno de cada 20 adultos está infectado¹.

La última pestilencia

La última gran pestilencia la ha traído el virus Ébola, también procedente de África. En agosto de 2014, luego de 33 semanas del más grande y extenso brote de ébola registrado nunca, la OMS declaró a la epidemia en la categoría de «Emergencia de Salud Pública de Importancia Internacional». Esta declaración no fue hecha a la ligera, pues se trata de un instrumento del Reglamento Sanitario Internacional, en el marco de un acuerdo hecho por 196 países, siendo legalmente vinculante, y destinada a la contención de amenazas principales para la salud internacional¹.

Este virus produce la llamada fiebre hemorrágica del ébola, una enfermedad con alta tasa de mortalidad, caracterizada por la aparición repentina de fiebre, debilidad intensa, dolor muscular, asociado a vómitos, diarrea, erupciones cutáneas, disfunción renal y hepática y, en algunos casos, hemorragias internas y externas. El periodo de incubación (intervalo desde la infección hasta la aparición de los síntomas) va de 2 a 21 días². Es un

virus letal, para el cual la ciencia no tiene aún claridad de cómo combatirlo. El virus se detectó por vez primera en 1976 en Nzara (Sudán) y Yambuku (República Democrática del Congo). La aldea de Yambuku está situada cerca del río Ébola, que da nombre al virus.

Brote inicial en Guinea

De acuerdo a un informe publicado en una revista científica especializada en temas de medicina humana³ (New England Journal of Medicine), el primer paciente del actual brote de ébola, habría sido un niño de dos años, quien sufrió fiebre alta y repentina, con vómitos, a comienzos de diciembre de 2013, muriendo cuatro días después. El informe señala que solo una semana más tarde moría su madre; luego, la hermana del niño, y finalmente también la abuela.

Luego hubo varios casos más de muertes en Guinea, pero la confirmación del brote epidémico solo llegó a fines de marzo, cuando se detectaron otros enfermos en Sierra Leona, país vecino de Guinea. Las condiciones de insuficiencia sanitaria y de pobreza habrían facilitado la propagación de la enfermedad en sus inicios.

El reporte de la OMS del 7 de noviembre de 2014, señala que la cifra de muertes es de 4.960, y la de infectados de 13.268. El brote de ébola sigue extendiéndose principalmente

en Liberia (6.619 infectados) y Sierra Leona (4.862 infectados). De acuerdo a la organización Médicos Sin Fronteras, en estos dos países el brote estaría fuera de control, y acelerándose su propagación¹.

El virus ha demostrado ser capaz de generar una alta mortalidad, pero hasta ahora se sabe que su capacidad de dispersión no es muy elevada, por lo que algunos especialistas concluyen que no se darían las condiciones para una pandemia.

Pánico en Occidente

Hasta antes de 2013, los brotes de ébola solo habían afectado a ciertas regiones de África, pero el brote actual de esta peste salió del continente africano alcanzando a Europa y Norteamérica, lo cual ha provocado temor en el mundo occidental.

Un reciente artículo científico señala que este miedo estaría empujando a autoridades de gobierno de Norteamérica a tomar medidas algo desesperadas, sin respaldo científico⁴.

Los médicos especialistas que escriben el artículo señalan que esas medidas no tienen respaldo científico y que por el contrario «es injusta e imprudente», porque impedirá que los valiosos esfuerzos que entregan estos voluntarios, detengan estos horribles brotes epidémicos en su origen, que es la única forma satisfactoria para frenar la epidemia.

Mártires cazadores de microbios

En el clásico libro «Los Cazadores de Microbios» de Paul de Kruif (1926), se relata magistralmente la historia del descubrimiento de los microbios y sus pestilencias asociadas, dando cuenta también de los médicos e investigadores que caían víctimas de estos seres, al intentar estudiarlos para posteriormente combatirlos.

Hoy, al igual que en la época de los primeros cazadores de microbios, sigue habiendo mártires que caen víctimas del propio microbio que querían cazar.

En uno de los últimos números de la famosa revista científica Science⁵, se publica un artículo sobre aspectos de genómica del virus Ébola, responsable del último brote epidémico, los mecanismos de reproducción y de patogenicidad del virus. Unos 58 científicos secuenciaron y compararon 99 genomas virales completos, demostrando que, a diferencia de brotes anteriores, la actual variedad del virus está adquiriendo mutaciones cientos de veces más rápidas que lo conocido en el brote de 1976.

Este fue un enorme trabajo, llevado a cabo en un corto tiempo, y por ello se requería de tal número de científicos. Muchos de ellos debieron viajar hasta Sierra Leona, el mismo frente de la batalla microbiológica. Finalmente, cinco de estos investigadores

no volvieron vivos a sus respectivos países. Habían sido infectados por el virus, y murieron al poco tiempo.

El costo pagado por el personal médico que ha viajado a las zonas afectadas ha sido alto. De acuerdo a un informe de la OMS emitido a fines de 2014, desde que se inició la epidemia, se han contagiado 521 voluntarios, entre médicos, enfermeras y paramédicos, de los cuales ya han muerto 272¹.

Sin vacunas ni medicamentos

En la actualidad no existe tratamiento o vacuna específica para luchar contra el ébola. Ante la ausencia de fármacos aprobados, la OMS autorizó medicamentos que están aún en fase de experimentación.

Kent Brantly y Nancy Writebol, dos misioneros cristianos de origen estadounidense, resultaron infectados por el virus trabajando como voluntarios en Monrovia. Fueron trasladados a un Hospital en Atlanta (EE. UU.), y luego de ser tratados con fármacos experimentales (lo cual generó una fuerte polémica), fueron mantenidos en unidades de aislamiento. El experimento finalmente dio resultados positivos, y ambos se recuperaron totalmente⁴. Otro ciudadano norteamericano, de viaje en Liberia, también se infectó con el virus, pero no tuvo la misma suerte, y luego de ser trasladado a EE. UU., murió, no sin

antes infectar a dos integrantes del personal médico que lo atendían.

Ha llamado la atención la ausencia de medicamentos adecuados, teniendo en cuenta que esta enfermedad se conoce desde la década de los 80 en el siglo pasado. Como argumento de defensa se ha señalado que la experimentación con animales es muy arriesgada y debería llevarse a cabo en laboratorios de máximo nivel de bioseguridad. Por otro lado, la letalidad del virus y las circunstancias socioeconómicas de los países afectados dificultarían el seguimiento del bajo número de supervivientes.

Sin embargo la OMS fue más directa y denunció que es la pobreza de los países afectados la principal causa de que no haya en la actualidad vacuna ni medicamentos para combatir el mal. Definitivamente, no es negocio para las grandes empresas farmacéuticas. Por otro lado, médicos entrevistados en África han señalado que hoy la industria farmacéutica se está moviendo contra reloj, solo porque el ébola salió de África y alcanzó a países desarrollados.

Enfermedades infecciosas re-emergentes

La ciencia, desde distintas disciplinas, ha hecho grandes esfuerzos por conocer todo lo relativo a la estructura química y biológica de los distintos microorganismos y parásitos pató-

genos, la forma de prevenir las enfermedades infecto-contagiosas y parasitarias, y los tratamientos médicos a aplicar cuando éstas llegan a producirse. Sin embargo, es evidente que muchas de estas patologías siguen persistiendo, y surgen otras nuevas, en tanto que aquellas enfermedades que se creían ya superadas, vuelven a brotar con mayor virulencia. Algunas 'viejas' enfermedades se han controlado con ayuda de antibióticos de última generación y con vacunas; pero otras, como la malaria, la tuberculosis y la neumonía bacteriana, están ahora resurgiendo, con variedades resistentes a los tratamientos farmacológicos.

La corriente filosófica científica conocida como Positivismo, surgida en Francia a inicios del siglo pasado, en su euforia inicial, previó solucionar todos los males del ser humano a través de la ciencia positivista, incluyendo a las enfermedades infecto-contagiosas. Ya en los años 50, este movimiento científicista se caracterizaba por un optimismo generalizado, surgido de la «certidumbre de un progreso imparable». Pero casi un siglo después, tales males están lejos de desaparecer y la OMS habla de un resurgimiento de este tipo de enfermedades, algunas de las cuales se creían erradicadas.

Un importante estudio de microbiología médica⁶ publicado en 2010, en

donde participaron científicos de varios países, señalaba que las enfermedades infecciosas se han mantenido entre las principales causas de muerte en todo el mundo por tres razones principales: a) aparición de nuevas enfermedades infecciosas (emergentes); b) resurgimiento de antiguas enfermedades infecciosas (re-emergentes); y, c) persistencia de enfermedades infecciosas no superables.

Este estudio reconocía que las enfermedades infecciosas emergentes, y aquellas que son re-emergentes, serán desafíos notables para médicos y científicos en la presente década. Los datos no son alentadores, por cuanto comprobaron que la incidencia de enfermedades emergentes y re-emergentes ha aumentado en forma significativa en las últimas dos décadas, y amenazan con más incremento en el futuro cercano⁶.

Solo en los últimos treinta años, han surgido unas 30 enfermedades nuevas, o al menos desconocidas para la ciencia, tales como VIH/SIDA, ébola, hepatitis C, enfermedad de Lyme, síndrome pulmonar por hantavirus y el síndrome respiratorio agudo severo (SARS)⁶. Pero, ¿de cuántos parásitos dañinos para el ser humano estamos hablando? Una investigación llevada a cabo en 2008, relativa a microbios y parásitos perjudiciales para el ser humano⁷, identificó a 1.407 especies patógenas. Del total de estas especies

patógenas humanas, 177 son consideradas emergentes o re-emergentes, incluyendo a 77 virus, 54 bacterias, 22 hongos, 14 protozoos y 10 helmintos.

La perpetua amenaza

Muchos factores estarían contribuyendo a la emergencia y re-emergencia de enfermedades infecto-contagiosas⁶. La mayoría de ellos se relacionan con el creciente número de personas que se mueven a través del mundo; viajes internacionales rápidos y con alta frecuencia; hacinamiento en ciudades con deficiencias sanitarias; prácticas antihigiénicas en la preparación de alimentos; la creciente exposición de personas a vectores y reservorios de microbios en animales silvestres; la alteración y contaminación del medio ambiente; el cambio climático que tiene un impacto directo sobre la composición y tamaño de la población de insectos vectores y animales reservorios.

Otros factores incluyen una infraestructura deteriorada de salud pública en países subdesarrollados; las variaciones genéticas naturales, y aquellas inducidas por mutaciones debido a las alteraciones ambientales; el incremento imprudente en el uso de plaguicidas y medicamentos antimicrobianos. Todos estos factores hacen que estas enfermedades sean una «amenaza perpetua»⁶.

Las mutaciones genéticas efectivamente corrompen el diseño original perfecto dado por el Creador a los organismos vivos.

¿Creó Dios a los microbios infecciosos o patógenos?

Puestos frente a epidemias mortales como la que está generando el ébola, vuelven a surgir interrogantes acerca del origen de estos microbios dañinos. ¿Creó Dios estos terribles virus patógenos y otros microbios que generan graves enfermedades? Los microbios son en gran parte poco conocidos por los biólogos y prácticamente desconocidos para el público, excepto en los contextos de la enfermedad, la producción de bebidas alcohólicas y la putrefacción.

Se sabe muy poco sobre la biología microbiana, pese a que el sostenimiento de la vida en la tierra depende básicamente de los microbios⁸. Nuestro planeta está constituido principalmente por océanos, los que cubren el 70% de la superficie de la tierra, y hoy se sabe que la mayoría de la vida en el océano es microbiana. Sin embargo, los patrones metabólicos de dichos organismos no se entienden y recién empiezan a ser es-

tudiados⁹. Lo que está claro hoy, es que los microorganismos, en su mayoría, son altamente beneficiosos para la vida en el planeta.

La evidencia actual indica que la enorme mayoría de los microbios son benéficos para la vida en la tierra y la estimación científica señala que solo una minoría de todas las bacterias y los virus son patógenos⁹ (menos del 1%). Por el contrario, existe una amplia gama de funciones benéficas asociadas a las bacterias y virus, y hoy se sabe que la vida de toda la Biosfera (los seres vivos y sus ecosistemas) depende absolutamente de las actividades del mundo microbiano⁸.

Por ejemplo, las bacterias mantienen el suelo fértil, ayudan en el mantenimiento de agua limpia; en los animales bovinos, colaboran en la nutrición y metabolismo; en el tubo digestivo humano, favorecen la nutrición y el sistema inmune. Los virus por su parte, si bien son entes no vivos, que dependen de las células de organismos vivos para funcionar y reproducirse, son parte importante de un complejo sistema que ayuda a producir la variedad biológica, la cual es esencial para la vida, y llevan la resistencia a ciertas enfermedades de un organismo a otro, al transportar genes entre los organismos vivos. Se sabe también hoy, que la mayoría de los virus vive en su huésped sin causar problemas.

Virus benéficos

Además, en los últimos años se ha descubierto que muchos virus son agentes destructores de células cancerígenas. En efecto, los biólogos expertos en cáncer han descubierto recientemente que muchos virus funcionan como agentes capaces de matar el cáncer en humanos y animales¹⁰.

Si la mayoría de los microbios tiene un rol benéfico, dado por el diseño original de su programa genético, ¿cómo entender este bajo porcentaje de microorganismos patógenos, algunos de los cuales se sabe que fueron también benéficos, pero que hoy se vuelven contra el ser humano? ¿Juega la evolución un rol en esto, como señalan algunos biólogos?

Los patógenos que alguna vez no lo fueron

Esta aparente contradicción entre virus benévolos y patógenos se explica mejor en un contexto creacionista que evolutivo.

En la creación original, perfecta, la función de los virus y demás microbios era solo benévola, como lo sigue siendo mayormente hasta hoy (sobre el 99%), pero luego de la caída adámica, la Biblia enseña que la muerte y la corrupción hicieron su ingreso a la Creación (Romanos 5:12; 8:20-22).

Las mutaciones genéticas efectivamente corrompen el diseño original perfecto dado por el Creador a los organismos vivos, sean estos microbios o seres humanos, generando daño y corrupción en su accionar (cáncer, pestilencias, etc.).

Es factible deducir entonces que las enfermedades infecto-contagiosas son una evidencia de que algo cambió drásticamente del modelo original. Estas se deberían más bien a las mutaciones que alteran negativamente los genomas originales de los organismos microscópicos o macroscópicos.

No existen evidencias de que los microbios patógenos hayan sido deliberadamente diseñados para causar enfermedad y sufrimiento al inicio de la Creación, sino que ello ocurrió como consecuencia de la desgracia en que ésta cayó, en donde Dios ha utilizado en ocasiones estos microbios patógenos, como castigo a las nuevas rebeliones post edénicas del ser humano (2 Samuel 24:15; Jeremías 14:12).

Varios de los estudios revisados en este artículo señalan que virus como el Ébola y otros están llegando cada vez a ser más patógenos, debido a la alta tasa de mutaciones que ellos experimentan, la cual ha sido más fuerte en los últimos 20 años. Definitivamente ello los aparta cada vez más

de su diseño y funcionamiento original, con las terribles consecuencias que hoy podemos ver por medio del Ébola y otros microbios patógenos.

Bibliografía

1. Organización Mundial de la Salud, OMS. 2014. <http://www.who.int/publications/es/>
2. World Health Organization. 2014. Ebola Virus Disease in West Africa—the First 9 Months of the Epidemic and Forward Projections. Vol. 371 Nº 16, 1481-1495.
3. Baize S, *et al.* 2014. Emergence of Zaire Ebola virus disease in Guinea—preliminary report. *New England Journal of Medicine*. DOI: 10.1056/NEJMoa1404505.
4. Drazen et al. 2014. Ebola and Quarantine. *The New England Journal of Medicine*. October 27, 2014, at NEJM.org. DOI:10.1056/NEJMe1413139.
5. Gire S., *et al.* 2014. Genomic surveillance elucidates Ebola virus origin and transmission during the 2014 outbreak. *Science* 345, 1369-1372.
6. Obi R., *et al.* 2010. Emerging and Re-Emerging Infectious Diseases: The Perpetual Menace. *Asian J. Exp. Biol. Sci.*, Vol. 1 (2) : 271-282.
7. St Georgiev V. 2008. National Institute of Allergy and Infectious diseases. Emerging and Re-emerging Infectious Diseases. <http://www.naid.nih.gov/factsheet/infectiousdiseases.htm>.
8. Madigan M., J. Martinko, J. Parker. 1996. *Brock Biology of Microorganisms*. Prentice-Hall, Upper Saddle River, NJ, ed. 8).
9. Norman R. 1997. A Molecular View of Microbial Diversity and the Biosphere. *Science* 276, 734; DOI: 10.1126/science.276.5313.734
10. Kirn, D. 2001. Oncolytic virotherapy for cancer with the adenovirus dl1520 (Onyx-015): results of phase I and II trials, *Expert Opin. Biol. Ther.* 1:525-538.

La consolación

¿Cuántos ojos que pasan por estas páginas no conocen este profundo manantial?

Henry Law

«Éste nos aliviará...» (Gén. 5:29).

Así nos habla el patriarca Lamec. Esta es su exclamación de gozo al recibir a su primogénito Noé. Él trabajaba solo aquella tierra endurecida por la maldición, la cual únicamente producía cardos y espinos. Pero ahora se le da un hijo para que comparta los sabores de su labor diaria y, animado por esta esperanza, le llama Noé, que significa descanso o alivio.

Lector, en estas páginas solo se busca una cosa: el máximo bienestar de las almas imperecederas. Por esta razón, no voy a examinar la posibilidad de que este nombre haya sido dado como un rayo anunciador del Salvador que había de venir. Prefiero ir en busca de realidades. Prefiero indagar las buenas nuevas que relucen en el Evangelio.

Los tormentos del alma

En primer lugar, debo afirmar una realidad tan antigua como la caída y tan extendida como la humanidad:

Un mundo pecador es, por necesidad, un mundo de lágrimas. Dondequiera que estemos, nuestra sombra es la aflicción. Fue así antes del diluvio y lo sigue siendo ahora. En todos los ambientes y categorías, la mente está exhausta y el corazón enfermo.

A continuación declaro una verdad que vino, como una hermana gemela, con la primera promesa: Tenemos una consolación. Desde el seno de su amor, Dios ha enviado a Cristo Jesús para ser la Consolación de este mundo maldito.

Mi ardiente deseo sería que este conocimiento celestial derramase, más abundantemente, su bálsamo reparador. Gimo porque los hombres beben las heces de la amargura, teniendo torrentes de sanidad que fluyen veloces a su lado. Permitidme, pues, que os invite a que entréis conmigo, por unos instantes, a los recintos de la pesadumbre terrenal. Allí os mos-

traré que Jesús es como una almohada para la mente febril, un reconstituyente para el espíritu débil, una tabla para el naufrago, un descanso para el atormentado.

Apenas es necesario decir que el corazón de la miseria es la miseria del corazón, y que el alma de la angustia es la angustia del alma. Pero, ¿dónde reside este sufrimiento intenso? Con toda certeza, en el pecho de aquel cuya conciencia está despierta para discernir la naturaleza, la maldad y la retribución de sus pecados. Su propio engaño se convierte en un lecho de espinos. A sus ojos, Dios aparece airado en su terrible justicia. La ley retumba en sus oídos con una maldición espantosa. Si quiere avanzar, se encuentra al borde del infierno, y no se atreve a moverse pues el próximo paso puede precipitarle en las llamas; y tampoco quiere dormir por temor a despertarse entre los condenados.

La fuente del consuelo

¿De dónde puede venirle el consuelo a un alma atormentada de este

El Señor no puede permanecer silencioso ante aquel que clama: «Vuélveme el gozo de tu salvación» (Sal. 51:12)

modo? De la tierra no puede surgir, porque ¡cuán pobres son los encantos que el mundo ofrece!

El mundo no posee nada excepto para un hombre cegado por el pecado. Cuando las cosas se ven como son en realidad, todos los caprichos terrenos vienen a ser como burbujas vacías. Para que el alivio tenga valor ahora, debe venir del cielo.

Todo es una burla si no me habla de la reconciliación con Dios, del perdón del pecado, de la salvación del alma. Solo Jesús puede sacarla de esas profundidades terribles y guiarla temblorosa hasta Su cruz. Allí le revelará al Padre celestial revestido con las glorias de su amor eterno. Su propia agonía constituye el fin de la ira divina. Él puede mostrar la espada justiciera clavada en su propio corazón, las llamas vengadoras extinguidas con su propia sangre, la mano que antes se alzaba para castigar extendiéndose para bendecir. El infierno cargado sobre el Inocente, y el cielo dado gratuitamente a los culpables.

¿No es esto consolación? Lo es, ciertamente, y él la derrama por sus manos taladradas y su costado abierto. ¿No es esto, repito, consolación? Pregúntale a aquel que la haya probado. Pregúntale a aquel carcelero que, atacado por el pánico, se precipitó en la celda sabiendo que su castigo sería terrible. Allí oyó de Jesús, la paz calmó sus temores y se regocijó creyen-

do en Dios con toda su casa (Hech. 16:29-31).

Una caída dolorosa

Pero ocurre muy a menudo, por desgracia, que los que se han refugiado en esta roca, como marinos perdidos, se apartan otra vez. Cesan de velar y orar, y el tentador encuentra una puerta abierta. Descuidan los medios preservativos de la gracia, y el enemigo se introduce. El Espíritu, entristecido, se retira, y la corrupción vuelve a ganar todo su poder.

¡Ay de los apóstatas! ¡Cuánta miseria hay en ellos! Vuelven a tener la sensación de su situación peligrosa y además la amargura de sus propios reproches. Se dan cuenta de su baja-za al traicionar al Amigo que les había dado vida cuando aún estaban llenos de sangre.

Tal vez sea ésta tu propia agonía. Si antes tenías descanso en Jesús y ahora ha desaparecido, es solo por tu culpa. Él no te separó de sí mismo; tú te marchaste, y ahora suspiras: ¡Oh, si todo fuera como en los días cuando el Sol de Justicia brillaba sobre mi senda! Lloro, porque tu caída es dolorosa, pero ten esperanza porque Jesús está cerca aún, y su voz te dice: *«Vuélvete... no haré caer mi ira sobre ti...»* (Jer. 3:12). Nunca se muestra su ternura tan tierna como cuando calma los sollozos de los que, arrepentidos, lloran ante él. Vuelve, pues

el Señor continúa extendiendo sus brazos de misericordia. Él es el médico y el bálsamo de Galaad; él no puede permanecer silencioso ante aquel que clama: *«Vuélveme el gozo de tu salvación»* (Sal. 51:12).

Sentimientos erróneos

Hay otros que, aunque andan cerca del Señor, viven intranquilos. Con gratitud dicen: *«Hasta aquí nos ayudó Jehová»*, pero el cielo les parece muy distante, la peregrinación larga, los adversarios numerosos y su propia fortaleza se tambalea. Miran los vientos y las olas y se sobrecogen de espanto; como David, creen que un día perecerán a manos de Saúl.

Lector, tal vez tengas también tales sentimientos erróneos. Si Jesús no fuera quién es, podrías desmayar; pero te invito confiadamente a que te levantes y te sacudas el polvo. Abre los ojos y lee en su corazón. Él te habla con palabras de aliento; te habla de la fidelidad de su amor que, de igual modo que no tuvo principio, no puede tampoco tener fin; te lleva al abrigo de sus alas y allí apaga todas tus dudas con promesas tan grandes como generosas, tan tiernas como innumerables. Él te dice: *«Porque yo vivo, y vosotros también viviréis ... vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»*. Si pides consolación más rica, pides más de lo que Dios puede dar.

Enfrentando la aflicción

Pero las aflicciones vendrán sobre ti como una marea incesante. Hay que esperarlo así; es nuestra suerte común. No hay hogar tan humilde cuya puerta no halle la aflicción, ni palacio tan altivo por cuya escalinata el dolor no suba. La fe no protege de esto. «*En el mundo tendréis aflicción*». Pero recibe la aflicción con los brazos abiertos, si con ella viene Jesús. El verdadero creyente siempre lo hace así.

La salud puede marchitarse como una flor; la debilidad y la enfermedad se pueden cebar en nuestro cuerpo; puede haber intranquilidad hasta el alba. Pero Jesús apacigua con sonrisas la frente contraída por el dolor, y tranquiliza con silbo apacible la noche desvelada.

Pueden derrumbarse las posesiones terrenales y reinar la pobreza donde imperó la abundancia. ¿Faltará también el sustento del creyente? ¡Oh, no! Todos sus tesoros se encierran en esta frase: «*Jehová es mi pastor; nada me faltará*».

Los amigos nos pueden abandonar, y sus miradas huidizas nos hacen estremecer. La traición y el odio pueden entrar donde un día el amor triunfó. Jesús pasó por esta prueba en su forma más amarga; por eso, él está pronto a demostrar que no cambia en este mundo mutable, y él aumenta su

amor estando más unido a nosotros que un hermano. Su propia presencia llena con creces todo vacío interno.

Pero la muerte se acerca con pasos veloces. Sí, pronto recorrerá la cubierta de tu cama para sacarte de allí con mano helada. Entonces necesitarás un consuelo fuerte, pues un puntal gastado ya no puede resistir. Pasarás por el valle de sombras, pero no a solas, porque Jesús murmura: «Yo estoy contigo; yo te llevo a mi casa de muchas moradas». Así que la última prueba es la mejor consolación.

Jesús, nuestra consolación

Creyente, te ruego que vivas y mueras haciendo de Jesús tu consolación, y que seas diestro en este arte feliz. Habitúate a meditar diariamente en él, en sus promesas y en sus obras. Mantén una comunión estrecha con él. Mide la anchura, la largura, la profundidad y la altura de su obra y su misión. Asegúrate de que todo lo que él es y tiene, todo lo que ha hecho, hace y hará, es tuyo.

Nunca has estado ausente de su corazón, ni puedes estarlo, porque eres un miembro «*de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos*». Permanece siempre en él, y siempre tendrás abrigo. Golpea, también, la roca de las promesas con la vara de la fe. Las aguas dulces manarán y fluirán con

amplitud y hondura por este canal: «*Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios*» (Is. 40:1).

Paséate a menudo con los fieles peregrinos de la antigüedad. Su compañía es preciosa. Aunque estén llenos de pesares, siempre están gozosos. Aunque, como Jacob, sean vagabundos sin hogar, siempre están consolados. Aunque para salvar su vida tengan que huir y ocultarse en las cavernas de la tierra, como David, están consolados.

Si, como aquellos tres jóvenes cautivos, tienen que pasar por el fuego de la persecución, están consolados. Si tienen que enfrentarse a todo peligro, aún a las tormentas más furiosas, como Pablo, o si tienen que dar fiel testimonio ante la chusma burlesca o ante tiranos altivos, como este apóstol, están consolados. Si mueren la muerte del mártir bajo una lluvia de piedras, como Esteban, están consolados. Aunque lo pierdan todo, ellos nunca pierden la consolación, porque ésta es Jesucristo mismo; la obra de su espíritu; el don de su gracia; la prueba de su presencia; la degustación de su cielo.

Quizás algunos ojos que pasan por estas páginas no conocen este profundo manantial de consolación. ¡Pobre! Tu corazón está desconsolado. Has sembrado vanidad y, ¿qué vas a

segar? Has hecho del mundo tu todo y, ¿qué te ha ofrecido? El que obtiene mucho, codicia más, porque las posesiones no contentan.

Si esta hora asusta, la próxima es como un abismo temido. Vagas por los campos de la ansiedad y no hallas dónde reposar. La sociedad es un vacío insípido, y tu soledad es como una lúgubre negrura. ¿Dónde están tus consolaciones? No te acuerdas de ninguna, ni las posees ahora, ni se asoma ninguna por tu horizonte.

En tu interior una voz te condena diciéndote que es verdad. No te apartes, pues, de la voz implorante de esta página.

Convéncete y consiente; consiente en ser feliz. «*Buscad a Jehová mientras puede ser hallado*». Ampárate en su misión: «*Ciertamente consolará Jehová a Sion*». Ampárate en su oferta: «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*». Ampárate en su título: «*La consolación de Israel*». Ampárate en su tierna voz: «*Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros*». Ampárate en el mandamiento celestial: «*Consolaos, consolaos pueblo mío*».

No ceses de suplicar hasta que puedas decir de Aquel que es mayor que Noé: «*Este nos aliviará...*».

De El Evangelio en Génesis

La visitación del Espíritu



El Espíritu Santo viene y nos llena, pero él desea ser pedido, buscado y llamado, diariamente.

César Coneglian



Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

– Mat. 3:16-17.

Cuando el Señor Jesús se sometió al bautismo de arrepentimiento, fue visitado por el Espíritu, que descendió sobre él en forma de una paloma. Sobre los discípulos, el Espíritu descendió como un viento, con lenguas de fuego; no fue de la misma manera que él vino sobre el Señor.

La principal característica de una paloma es que ella solo se posa en lugar seguro. ¿Han visto ustedes una paloma atropellada en la calle? Es muy raro. Por eso, el Espíritu usa esa figura para descender sobre nuestro Señor. Él era plenamente seguro para esa visitación.

Jesús se humilló. Antes de subir, él descendió. Aquel bautismo de arrepentimiento, esa humillación de nuestro Señor, es el camino diario para una vida llena del Espíritu.

Simplicidad

Necesitamos comprender algunos hechos simples que están en el texto. Dios no es un Dios complicado, sino un Dios de profunda simplicidad. El Espíritu no puede llenar aquello que está ocupado; es contrario a la ley natural llenar algo que está lleno. Debe haber un vaciamiento, para que el Espíritu de Dios nos pueda visitar y llenarnos de su propia vida.

Ahora, vamos a mirar otros versículos aclaratorios. Jesús dijo: *«El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama»* (Mat. 12:30). Solo hay dos formas en que un hijo crezca en la carrera espiritual: oyendo, o sufriendo. No existe otra forma. O él crece por oír al Padre, o él crece sufriendo. A través de los sufrimientos, él aprenderá a oír.

El Espíritu de Dios es el gran comunicador de parte de Dios. Nosotros somos colaboradores de Dios, cooperadores con el bendito Espíritu Santo en nuestras vidas. Él es dulce, gentil, tierno y manso. Es un compañero inseparable. Paracleto significa 'aquel que está al lado'. Él es un Consolador, un visitador diario; es un Espíritu de alianza, que renueva con nosotros una alianza de misericordia, cada mañana.

Él es un Espíritu firme, un Espíritu que tiene mente. Romanos 8, al hablar de intercesión, menciona la mente del Espíritu. El Espíritu tiene propósito, tiene determinaciones diarias para nosotros. Es en este Espíritu que nuestra vida debería ser hallada siempre. Él es aquel que nos tomará de la mano para conducirnos en este camino. Es él quien susurra en nuestro oído aquello que necesitamos saber sobre nuestros hijos.

El Espíritu habla

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice...» (Ap. 2:7). Él es sumamente discreto. Sabemos que el Espíritu está obrando al interior de la iglesia, no cuando se habla de él, sino cuando la vida del Hijo y del Padre es revelada en medio de la iglesia. El Espíritu no habla de sí mismo. Él es la persona de la Trinidad, con total discreción, presentando al Hijo y al Padre, conduciendo nuestro corazón a la bendita realidad de nuestra filiación.

Este es el Espíritu de nuestro Padre; es un Espíritu sensible, que muchas veces se entristece con nuestras palabras. *«Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyen-*

tes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios» (Efesios 4:29-30).

Él sella nuestra boca, porque ésta existe para edificación. Una madre tiene que ser diariamente llena del Espíritu, para poder transmitir gracia a sus hijos. Un hombre tiene que andar a diario en este Espíritu, para que él pueda edificar a su esposa y a sus hijos.

Los líderes en la casa de Dios, aquellas ovejas que van al frente, necesitan recibir del Espíritu Santo de Dios aquello que las ovejas del rebaño necesitan. Para eso, tenemos que cooperar con este bendito Espíritu. Que el Señor alcance hoy nuestro corazón en cooperación con Él.

Aplicando la filiación

«Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo» (Gál. 4:3-7).

Nosotros somos hijos adoptados; sin embargo, gozamos de todos los derechos de un hijo natural, porque fuimos adoptados por este bendito Padre. Ese Espíritu es aquí el Espíritu de su Hijo. ¿Cómo aprendemos a ser hijos? Mediante la obra del Espíritu de Dios en nosotros. El Espíritu es aquel que aplica la filiación a nuestro corazón, confirmando nuestra calidad de hijos de Dios.

Posiblemente todos nosotros hemos tenido a lo largo de la vida algunos momentos de ansiedad. Toda vez que mi corazón es tomado por algún momento de ansiedad, es porque en aquel instante yo no me veo como hijo. Entonces, el Espíritu viene a nuestro corazón, obrando en nuestra vida, mostrándonos que somos hijos de Dios, que todo está bajo el cuidado de este bendito Padre. El Espíritu Santo viene, aplicando esta filiación a nuestro corazón.

La vida del Hijo en nosotros

«Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14:26).

El Espíritu tiene la responsabilidad de edificar la vida del Hijo y del Padre en nuestros corazones. Quizás tú has tenido la experiencia de detenerte un tiempo en la Palabra por la

mañana, y el Espíritu Santo, en tu lectura, destaca un versículo en tu corazón, y en el medio del día, aquel versículo viene a tu memoria, para ti o para alguien.

«Él os enseñará ... y os recordará». Quien necesita dar consejo necesita ser completamente dependiente del Espíritu, porque es él quien recuerda a nuestra mente lo que necesita ser dicho a las personas.

¿Cómo podríamos edificar a un hijo, si no es mediante el Espíritu? Por más que tú conozcas a tu hijo, solo el Espíritu de Dios examina los corazones y solo él sabe lo que ocurre allí. Si no fuese por el recordar del Espíritu a nuestra mente, perderíamos el tiempo con nuestros hijos. Ellos pasan por muchas situaciones, y si nosotros no nos detenemos a oír la voz del Espíritu, no percibiremos lo que está ocurriendo.

«Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí» (Juan 15:26).

Tiempo y modo

El Espíritu dará a nuestros corazones testimonio de Cristo. Él hace todas las cosas dentro de nosotros en el tiempo de Dios y en el modo de Dios. El Espíritu de verdad va comunican-

do a nuestros corazones el tiempo y la forma de hacer todo. Noten la expresión «el Espíritu de verdad». Nadie es lleno del Espíritu si no es confrontado con su propia verdad. Si en un momento Dios hablase todas las verdades de mi corazón, yo no lo soportaría. Entonces, él va poco a poco lanzando luz sobre quién soy yo, y cuando yo veo esa verdad, es porque el Espíritu Santo quiere que yo lidie con aquella verdad.

De tiempo en tiempo, tú tendrás una voz dentro de ti mismo, susurrando de forma consistente y firme sobre algo de tu vida. Puede ser un negocio, un hábito, una conversación, un relacionamiento, etc. Algunos de nosotros tendremos algún recuerdo de nuestra infancia que quemará en nuestro interior. Es el Espíritu queriéndonos decir algo. Tenemos que detenernos y considerar aquello. Ese es el Espíritu de verdad.

¿Qué es lo que hace posible que alguien se humille? Cuando alguien recibe luz acerca de quién es, se humilla delante de aquella luz, reconociendo sus pecados, a medida que el Espíritu va alumbrando.

«Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a

toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16:12-13). El Espíritu es enviado a nuestro corazón como Espíritu de verdad. Y en algunos momentos, él nos anunciará cosas que han de venir, no solo en nuestra trayectoria, sino también las cosas de la eternidad, hoy, en estos días que anteceden a la llegada del bendito día del Señor.

Vaso humano

Ahora, veamos algo maravilloso en Juan 3:5-8. *«De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu»*. Jesús compara al Espíritu con el viento. Tú no necesitas saber de dónde está viniendo ni hacia dónde va; solo tienes que oír su voz.

Aquí necesito detenerme un poco, para explicar cómo es esta comunicación del Espíritu con nosotros. El Espíritu es Dios, pero él se comuni-

ca con un vaso humano. Nuestro espíritu, por el nuevo nacimiento, está vivo, pero reside en un vaso humano. Entonces tenemos que entender cómo ese vaso funciona, para que entendamos cómo el Espíritu va a comunicarse con el hombre. Este vaso humano, nuestra alma, se compone de tres elementos: la mente (los pensamientos), los afectos (emociones), y la voluntad. Y el Señor la creó de tal manera que, en el alma, la mente gobierne sobre los afectos.

¿Por qué Dios no dio el gobierno de la casa ni el gobierno de la iglesia a las hermanas? Porque ellas son guiadas más por sus sentimientos. Y este no es el orden de Dios. Él quiere que la mente gobierne los afectos. El propósito de Dios es que el espíritu gobierne el alma. Cuando nuestro espíritu murió, empezó a gobernar el alma. Fue la primera inversión de las cosas. La segunda inversión es que el afecto pasó a gobernar sobre la mente.

Entonces, el Espíritu se comunica a nuestro corazón por medio de la mente, los afectos y la voluntad. Una mente llena impide que el Espíritu nos hable. Por eso, la mayor estrategia del diablo con el pueblo de Dios es ocupar la mente de ellos, porque si la mente está ocupada, el

pueblo de Dios no oye la voz del Espíritu.

Mente y voluntad

Aquí hay una fortaleza. El hermano Watchman Nee dice: «Quien conquista la mente, conquista la voluntad». El diablo es un especialista en ocupar nuestra mente. Si puedo decirlo, el diablo es muy paciente. Él elige, por ejemplo, a un hombre y trama un negocio en la vida de él, y

El oído tiene preeminencia; en tanto nuestros ojos no sean aquietados, no tendremos ocasión de oír la voz del Espíritu.

aquel negocio ocupará cinco años de la vida de ese hombre. El diablo se vale de algún amigo, para que el hermano quede encantado con aquel amigo, y de allí a dos años, tal amigo le propone una sociedad, un negocio, que le robará cinco o diez años a su vida. Es grave robar cinco o diez años a tu vida, pero es cien veces más grave robar cinco o diez años de la formación de tu hijo.

A veces, el diablo consigue ocupar nuestra mente, y nuestro corazón va siendo conquistado por otras cosas. Esta mente necesita estar liberada. En Marcos capítulo 7, cuando el Señor alude a la primera lista de pecados que brotan del corazón del hom-

bre, el primer pecado mencionado son los malos deseos, los malos pensamientos. Un mal pensamiento es todo pensamiento que no está en conformidad con la vida de nuestro Señor. Una mente ocupada no permitirá que un hermano crezca.

¿Cómo es alimentada la mente? Ella es alimentada por el cuerpo, por los cinco sentidos: visión, audición, tacto, gusto y olfato. Los sentidos en-

vían información a nuestra mente. Por ejemplo, las tiendas más refinadas usan un perfume muy atrayente, para enviar información a tu cerebro a través del olfato.

Viendo y oyendo

Los cinco sentidos alimentan la mente. Pero la Biblia enfatiza dos sentidos. En Mateo 13:13, nuestro Señor dice: «*Por eso les hablo por parábolas: porque **viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden***». De los cinco sentidos, él destaca dos: la vista y la audición.

El Espíritu de Dios está en nuestro medio comunicando a todos nosotros la misma cosa. Ayer, alguien

compartió sobre las trompetas. Ahora, yo tengo el mismo texto. ¿Quién está haciendo eso? Cuando Dios habla dos veces, es porque él se apresura a actuar. ¿Recuerdan el sueño de Faraón y la interpretación que José le dio? José dice: «*El sueño de Faraón es uno mismo; Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer*».

Números 9:15-18. El pueblo comienza a caminar por el desierto. Ahora, ¿cómo es que Dios hace con ellos? «*El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana. Así era continuamente: la nube lo cubría de día, y de noche la apariencia de fuego. Cuando se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí acampaban los hijos de Israel. Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban; todos los días que la nube estaba sobre el tabernáculo, permanecían acampados*».

Dios comenzó a conducir al pueblo de Israel usando el sentido de la vista, porque el pueblo veía la nube. Mas observemos el capítulo 10:1-4. «*Jehová habló a Moisés, diciendo: Hazte dos trompetas de plata; de obra de martillo las harás, las cua-*

les te servirán para convocar la congregación, y para hacer mover los campamentos. Y cuando las tocaren, toda la congregación se reunirá ante ti a la puerta del tabernáculo de reunión. Mas cuando tocaren sólo una, entonces se congregarán ante ti los príncipes, los jefes de los millares de Israel». En el capítulo 9, Dios hace que el pueblo le siga, usando la vista; pero en el capítulo 10, lo hacen usando el oído.

¿Qué preferirías tú, ser ciego o ser sordo? Permítanme explicar una cosa. La comprensión viene por el lenguaje. Quien ve y no oye, está vacío. Una persona puede no ver, pero si oye, ella construye comprensión, entendimiento.

Un bebé de un mes de vida discierne sonidos, pero requiere cuatro meses de vida para comenzar a definir las manchas que él ve. Con un mes de vida, la criatura conoce la voz de sus padres. «*La fe viene por el oír*». No existe comprensión espiritual sin haber comunicación de Dios a nuestros oídos. El libro de Números nos muestra que Dios, en primer lugar, llama la atención de los ojos, para después ganar el oído.

Veamos Mateo 6:22. La Biblia es muy simple. «*La lámpara del cuerpo es el ojo*». Cuando yo estoy interesado en alguna cosa, ¿cuál es el

primer sentido mío que es provoca- do? Los ojos. Entonces, cuando yo tengo interés en alguna cosa, mis ojos buscan aquella cosa.

Cuán maravillosa es la Biblia. Cuando Dios crea a Eva para Adán, Adán se vuelve hacia ella y dice: «*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, por cuanto del varón fue tomada*» (Gén. 2:23). En el original hebreo, ¿sabes lo que significan varón y varona? Aquel que mira a los ojos. ¡Qué bello matrimonio! Ellos se miraban el uno al otro.

Cuando nosotros amamos algo, nuestros ojos buscan esta cosa. Entonces, presta atención. Tus ojos, tal vez, sean inquietos. Muchas hermanas tienen debilidad por el shopping; muchos hermanos tienen debilidad por la televisión, por el fútbol, por los automóviles. Pero, ¿cuándo habla el Espíritu? Cuando tus ojos se alzan y miran al Señor. Si mis ojos están inquietos, el Espíritu no habla, porque yo no me he determinado para prestar atención.

Los ojos son ganados antes del oído. Porque la ventana del alma no es el oído, sino los ojos. Por eso, el salmista dice: «*Estad quietos, y conoced que yo soy Dios*» (Sal. 46:10). Satanás es experto para inquietar nuestros ojos, y uno de los grandes

problemas en la edificación de nuestra vida cristiana es que nosotros estamos tan ocupados, que el Señor no tiene cómo derramar cosas en nuestros oídos.

Un hermano contaba que leyó el Nuevo Testamento en diez días. Otra persona dijo que leyó la Biblia en 61 días, dedicándole una hora por día. Si nosotros apartásemos una hora al día, leeríamos la Escritura seis veces en el año. Ahora, ¿cuántas horas ocupan dos películas y dos periódicos en la semana? Hemos de ser honestos, no amamos tanto la Palabra como decimos.

En estos días, he estado leyendo la biografía de Spurgeon. Él hizo un viaje a África, y quedó admirado de la comprensión que los hermanos africanos tenían de la palabra de Dios. Le sorprendió el entendimiento que tenían de la Palabra, sin el recurso de otros libros. Preguntó a los hermanos, ¿y saben cuál fue la respuesta? «Hermano, nosotros dedicamos a la Palabra seis horas cada día».

El Espíritu necesita aquietarnos. Para mayor comprensión, hay un texto que deja todo mucho más claro aún. Decíamos que, para que el Espíritu alimente nuestra mente, nuestros ojos y oídos tienen que ser ganados por el Espíritu. Hechos 7:30. «*Pasados cuarenta años, un*

*ángel se le apareció en el desierto del monte Sinaí, en la llama de fuego de una zarza. Entonces Moisés, mirando, se maravilló de la **visión**; y acercándose para observar, vino a él la **voz del Señor**».*

Mientras Dios no aquiete tus ojos, no lograrás oír al Espíritu, porque los ojos sugieren el amor que tú tienes. Ellos son la ventana del alma. Mateo 6:21 dice: *«Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón»*. Cuando tú amas algo, buscas aquello. Eso, para nosotros, los hombres, es desesperante, porque si tú no dedicas tiempo suficiente a tu mujer, eso tal vez delata que no la amas lo suficiente.

La Biblia dice que la iglesia es la niña de los ojos del Señor. ¿Qué significa la expresión «la niña de sus ojos»? Es que ella tiene la primacía; ella es lo que los ojos de él buscan en primer lugar. ¿Por qué los ojos del Señor buscan en primer lugar a su iglesia? Porque él la ama.

Quietud delante de Dios

Cuando amamos una cosa, buscamos esa cosa con nuestros ojos. Moisés vio la zarza ardiendo. Y porque él vio, luego consiguió oír. Moisés era poderoso en palabras y en obras, instruido en toda la ciencia de Egipto. ¿Y qué hizo Dios con él?

Como la mente de Moisés estaba muy ocupada, Dios lo llevó al desierto, para que estuviese quieto. A fin de que puedas cooperar con el Espíritu Santo, necesitarás tener quietud delante de Dios.

Una palabra especial para los líderes, con mucho temor y respeto. La estrategia de Satanás contra ellos es ocuparlos en la obra de Dios de tal forma que sirvan, no a Dios, sino apenas a la obra. Cuando servimos a Dios, el servicio no es pesado; pero cuando servimos a la obra, de forma exagerada, fuera de la medida de Dios, también perdemos la comunión con él. Por eso son considerados dignos de doble honor los ancianos que presiden bien, especialmente los que se ocupan en la Palabra, que tienen quietud delante de ella, porque así aprenden a oír mejor la voz de Dios.

Ese es el principio. Pero no se detiene allí. Continuemos la lectura. *«Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Y Moisés, temblando, no se atrevía a mirar. Y le dijo el Señor: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. Ciertamente **he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos**»*.

Antes de oír, necesitamos ver. El sentido más importante es el oído. Por eso, «*la fe viene por el oír*». En Juan 20:21, nuestro Señor dice a Tomás: «*Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*». El oído tiene preeminencia; en tanto nuestros ojos no sean aquietados, no tendremos ocasión de oír la voz del Espíritu.

Quietud y arrepentimiento

«*Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él*» (Mat. 3:13). ¿Cuántos años permaneció quieto el Señor Jesús? Él vivió una vida de quietud. Mientras él vivió esa vida de quietud, ¿qué hizo el Espíritu Santo? Lo llenó. Y en esta quietud, él se sometió al bautismo de arrepentimiento. Queridos, sin el Espíritu, nosotros no vamos a conseguirlo. ¿Quién es el que mortifica la carne? El Espíritu. ¿Quién es el que da vida? El Espíritu. ¿Quién es el que nos llena de frutos? El Espíritu.

No tenemos tiempo de examinar todo esto. Solo estoy señalando cómo nosotros cooperamos. Primera cosa: quietud. Segunda: el bautismo de arrepentimiento. ¿Saben lo que significa en griego la palabra arrepentimiento? Percibir después. Qué cosa maravillosa. Tiempo atrás, fui a un estudio de un hermano, un hombre maduro, con un matrimonio

muy estable, que edifica a muchos hermanos. En un momento, él confesó: «Tuve un conflicto, una riña con mi esposa, y salí de casa. Dos horas después, me di cuenta de mi falta, volví y le pedí perdón». Cuando él ministró aquello, me quedé pensando: «Señor, ¿cuánto tiempo tardaría yo?».

¿Qué es el arrepentimiento? Percibir. Cuando tú estás quieto, a través de la Palabra, el Espíritu te llevará a percibir las cosas. Vas a percibir después aquello que está ocurriendo. Sin embargo, podemos llegar al punto de no necesitar arrepentirnos, si percibimos antes y no caemos en pecado. Pero somos tan terribles, que nos vamos enredando y percibimos apenas, después.

Pidiendo, buscando

En Lucas 11:1-13, el Señor habla sobre la oración; cuenta la parábola del amigo inoportuno, y luego enseña algo que hemos oído muchas veces:

«*Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá ... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?».*

«*Pedid... buscad... llamad*». Se nos enseña a pedir, buscar y llamar en oración, porque del seno del Padre es derramado el Espíritu Santo de Dios sobre nuestro corazón. El Espíritu Santo viene y nos llena, en la quietud, en el bautismo de arrepentimiento; pero él desea ser pedido, buscado y llamado, diariamente. «Señor, derrama de tu Espíritu». Porque eso nos bastará.

«*Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos*» (Hech. 1:14). He aquí la misma realidad. Por diez días, ellos oraron, aguardando la promesa de una visitación. El Espíritu necesita ser buscado. «*Pedid, buscad, llamad*». Necesitamos ocupar tiempo en la oración.

En familia

«*...se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare*» (Hech. 2:37-39).

Esta visitación del Espíritu, viene en la quietud, en el arrepentimiento, y en una búsqueda. Esta promesa no es solo para nosotros – es para nosotros y para nuestros hijos. ¡Imaginen nuestras casas, nuestras asambleas, nuestras reuniones, con padres y madres llenos del Espíritu! ¡Levantaríamos una generación llena del Espíritu, un testimonio sólido en la próxima generación!

No hay mayor bendición que yo pueda dar a mis hijos que una vida llena del Espíritu de Dios, porque esta vida va a desbordar en la casa, en amor, en paz, en gozo, en benignidad, en mansedumbre, en fidelidad. Sin embargo, esto necesita ser pedido, buscado, llamado, en la misma actitud que hubo en nuestro Señor.

Que el Espíritu obre esto en medio de nosotros. Que en los próximos días, los hermanos sean llenos del Espíritu y de fe, llenos del Espíritu de sabiduría, llenos del Espíritu de consolación, llenos del Espíritu de la Palabra. Que el Espíritu Santo, en esta dulce búsqueda de él a puertas cerradas, venga sobre nosotros, sobre nuestras mujeres, sobre nuestros hijos, llenándonos de la vida de él. Que el Señor nos bendiga. Amén.

*Síntesis de un mensaje oral compartido en São Lourenço, Brasil (Septiembre 2014).
Tomado de sopalavra.org*



La hora del Espíritu Santo

El Espíritu Santo viene, vaciado de sí mismo, a fin de que el Hijo pueda expresarse a plenitud a través de él.

Rubén Chacón V.

El prólogo del evangelio de Juan termina con una declaración solemne: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo... él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). Que, con el término *Dios*, Juan se está refiriendo al Padre, lo sabemos por la frase que sigue: «el unigénito Hijo... él le ha dado a conocer». En otras palabras, el unigénito Hijo ha dado a conocer al Dios que es su Padre.

Dios revelado

En la economía de Dios, el Padre se ha reservado ese aspecto de la Deidad que es absolutamente incognoscible al hombre. Él es el Dios invisible (Col. 1:15). Pablo, escribiendo en su primera carta a su hijo en la fe, Timoteo, describe al Padre celestial en los siguientes términos: «... que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto, ni puede ver...» (6:16).

No obstante lo anterior, la buena noticia del evangelio de Juan es que este Dios, a quien nadie ha visto jamás, ni puede ver, ha sido revela-

do por su unigénito Hijo. El Dios incognoscible se ha dado a conocer, pero no directamente, sino por medio de su bendito Hijo.

Y en efecto, el evangelio de Juan da cuenta de cómo el Hijo de Dios dio a conocer a su Padre celestial a los hombres.

Las principales declaraciones del Señor Jesucristo que dan cuenta de este glorioso hecho, son las siguientes: «*Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla...*» (3:34). El Hijo de Dios se presenta aquí como el enviado de Dios. Como tal, él es un mensajero, un comisionado del Padre.

En términos modernos, diríamos que Jesús era un ‘junior’ de Dios su Padre. En esa calidad, el Hijo no puede hacer lo que le parezca ni decir lo que se le ocurra. El sólo puede hacer y decir aquello que le encomendó el que lo envió. Por eso, dice Jesús: «*el que Dios envió, las palabras de Dios habla*».

No habla y no hace

Jesucristo no expresa sus propias palabras, sino las palabras del Padre. Los que le oyen deben, pues, tomar conciencia de que, en último término, están escuchando ni más ni menos que al mismo Padre.

El siguiente testimonio de Jesucristo se encuentra en el 5:19: «*De cierto de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo...*». Cuando el Hijo anunciaba una declaración con la expresión «*de cierto, de cierto os digo*» o «*en verdad, en verdad os digo*», quería significar con ella que revelaría una verdad suprema. Era como un llamado de atención para que los discípulos abrieran sus oídos con particular cuidado.

En términos actuales, sería un llamado a tomar papel y lápiz. Todo lo que Jesucristo dijo era verdad, pero no hay duda de que hay verdades más relevantes, superlativas y máximas. Esta era uno de esos casos.

«*No puede el Hijo hacer nada por sí mismo*». En la declaración anterior vimos que el Hijo no **habla** nada por sí mismo; aquí vemos que no **hace** nada por sí mismo. No es que el Hijo no pudiera hacer nada por sí mismo, porque él lo podría haber hecho todo.

Lo que el Señor Jesús quiere decir es que, pudiendo hacer todo por sí mismo, ha decidido de manera libre, consciente y voluntaria renunciar a hacer las cosas por sí mismo. No olvidemos que Juan nos quiere mostrar en su evangelio cómo fue que el unigénito Hijo nos dio a conocer al Padre.

Un vaso vacío

El bendito Hijo fue un vaso vacío de sí mismo para que el Padre celestial lo llenara completamente. Si, pues, Jesús no hizo nada por sí mismo ¿cómo es que hizo todo lo que hizo? Él entonces agregó: «...sino solamente lo que ve que su Padre hace, porque cualquier cosa que hace el Padre, la hace también el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace...» (NVI). ¡Qué hermosa, única y extraordinaria declaración!

La íntima, profunda y real comunión que tenía el Hijo con su Padre, le permitía ver cuando su Padre se movía, y entonces el Hijo lo seguía; si el Padre actuaba de una determinada manera, el Hijo actuaba de la misma forma. Lo que vemos en Jesús son, en definitiva, los movimientos del Padre.

Entender esto es muy importante, porque en la mayoría de nosotros se alberga un recóndito pensamiento, casi subconsciente, que nos hace pensar que Jesucristo es más amoroso, paciente y comprensivo que el Padre. Como si al Hijo pudiéramos venir con más confianza que al Padre. Del Padre tenemos una imagen más autoritaria que nos hace ir a él en puntillas. Pero nada más lejos de la realidad.

Cuando Jesús fue misericordioso con alguien, lo fue porque él había visto primero a su Padre ser misericordioso con esa persona. Cuando el Hijo se conmovió por amor, el Padre lo había hecho primero. Y cuando Jesucristo fue duro y fuerte con alguno, fue porque antes había visto a su Padre ser duro y fuerte con él. El Hijo en los días de su carne fue la réplica exacta del Padre, fue «la imagen misma de su sustancia» (Heb. 1:3).

«Según oigo»

En el versículo 5:30 del evangelio de Juan, Jesús reitera por segunda vez: «No puedo yo hacer nada por mí mismo». Sin embargo, esta vez, lo dice aplicado a un aspecto particular: a lo concerniente a emitir juicios. Entonces Jesús agrega: «Según oigo, así juzgo». Sus juicios eran todos justos, porque eran los juicios del Padre que sabe y conoce todas las cosas. Jesús juzgaba de acuerdo al juicio que oía de su Padre.

En cambio, nosotros no juzgamos según oímos, sino según las apariencias. Por ello, la mayoría de nuestros juicios son equivocados y errados. Mas Jesús juzgaba de acuerdo al juicio del Padre. Así, por ejemplo, cuando el Hijo vio venir a Natanael, y dijo de él: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Jn.

1:47), estaba expresando el pensamiento del Padre acerca de Natanael.

Mi doctrina y su doctrina

Un cuarto testimonio del Hijo del Hombre que muestra cómo éste reveló al Padre lo encontramos en Juan 7:16: «*Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió*». Jesucristo tenía una doctrina muy clara y definida. Su enseñanza había sido dada a conocer en público y en privado a todos los que lo rodeaban. Sin embargo, frente a la admiración de los judíos por los altos y profundos conocimientos que poseía Jesús, no obstante no haber pasado por la escuela rabínica, el Hijo hace la asombrosa aclaración de que su enseñanza no está originada en él, sino en el Padre que lo envió. Por lo tanto, todos los que habían oído su doctrina estaban, en última instancia, escuchando la enseñanza del Padre.

Buscando Su gloria

Y en el versículo siguiente (v. 17), el Señor afirma que él **no** habla por su propia cuenta, ya que todo aquel que así lo hace, su propia gloria busca. ¡Cómo nos desnuda la palabra de Jesús a todos los que nos gusta hablar por nuestra propia cuenta! Pero el bendito Hijo no estaba buscando su gloria; él buscaba que el Padre

fuese glorificado. Por ello, las palabras que hablaba eran las palabras del Padre, las obras que hacía eran las obras del Padre, los juicios que emitía eran los del Padre y la doctrina que enseñaba era la del que lo envió.

Y en este punto es bueno hacer una precisión. ¿Qué problema habría habido que Jesús, en lugar de expresar al Padre, se hubiese expresado a sí mismo? ¿Acaso el contenido de lo expresado en esa eventualidad habría sido distinto? Por supuesto que no, porque el Hijo es tan divino como el Padre. Lo único distinto habría sido el resultado final: en lugar de ser glorificado el Padre, lo habría sido el Hijo y, en consecuencia, el Padre no habría sido revelado.

Gloria corporativa

Ahora bien, Dios, es el Padre, es el Hijo y es el Espíritu Santo. Por lo tanto, si Dios ha de ser conocido, necesariamente ha de ser revelado el Padre. De la misma manera habrá de serlo el Hijo y el Espíritu Santo. Pero Dios en su perfecta sabiduría ha determinado que ninguna de las personas de la Trinidad se gloríe a sí misma, sino que el Hijo da a conocer al Padre y el Espíritu revela al Hijo.

La siguiente declaración que hace el Hijo de Dios en aras de mostrar y de

revelar al Padre se encuentra en Juan 8:26, 28. En el versículo 26, el Señor afirma: «*Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo*». Este texto confirma aquello que dijimos a propósito del texto de Juan 3:34 donde Jesús afirmaba que el enviado de Dios, las palabras de Dios habla. Luego, en el versículo 28, Cristo reitera por tercera vez que él nada hace por sí mismo, «*sino que según me enseñó el Padre, así hablo*».

Expresión plena

A esta altura del relato evangélico, cabe la pregunta: ¿Cuál puede ser el clímax del glorioso hecho de que

Muchos, al ver las preciosidades de Jesús, terminaron creyendo en él. Sin embargo, la hermosura de su carácter, la bondad de sus obras y la veracidad de sus palabras no eran otra cosa que las preciosidades del Padre. Por ello, vale la aclaración que hace el Hijo: «Al creer en mí, están creyendo en el Padre que me envió».

A continuación, en el versículo 45, Jesús hace una declaración que tiene carácter de clímax: «*Y el que me ve, ve al que me envió*».

Decimos que esta oración tiene carácter de clímax, porque no olvidemos que esta historia comenzó allá en Juan 1:18, con la categórica y absoluta afirmación de que a Dios **na-**

En rigor, el que vino fue el Espíritu Santo, pero en virtud de su vaciamiento, el que se expresará por medio de él, será el Hijo.

el Padre pueda expresarse a plenitud por medio del Hijo? Pues bien, a partir del capítulo 12 del evangelio de Juan nos acercamos a ese clímax. En el versículo 44, Jesús hace una aclaración importante: «*El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió*». La NVI lo dice mejor: «*El que cree en mí... cree **no solo** en mí sino en el que me envió*».

die le vio **jamás**. No obstante, ahora, gracias al bendito Hijo de Dios, el Padre puede ser visto en él. ¡Esto es sublime e inefable! Esta declaración del versículo 45 será desarrollada ampliamente en el capítulo 14 de Juan.

Pero antes, digamos algo del versículo 49. Aquí el Hijo reitera por segunda vez que él no ha hablado por

su propia cuenta: «*El Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar*».

Así, llegamos al capítulo 14, donde la máxima de que ver al Hijo es ver al Padre, será explicitada claramente. En el versículo 6, Jesús proclama: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*». En este punto, es interesante preguntarse qué camino es Jesucristo. ¿A dónde lleva este camino? ¿Qué destino tiene?

Bueno, la respuesta está en lo que continuó diciendo Jesús: «*Nadie viene al Padre, sino por mí*». ¡Atención! Él no dijo: «nadie va al Padre», sino «*nadie viene al Padre*». Jesucristo no estaba ubicando al Padre allá en los cielos inalcanzables para el hombre, sino en él. Lo que está diciendo el Cristo es que el Padre está en él. Esta es la buena noticia del evangelio: El Padre, que habita en luz inaccesible, se nos ha acercado en el Hijo. A través del Hijo, podemos llegar al Padre. Los hombres podemos venir al Padre, porque ahora él está cercano y accesible. ¿Dónde? En el Hijo de Dios.

Padre accesible

Pero no nos equivoquemos. El Dios inaccesible es ahora un Padre accesible **únicamente** en el Hijo. Quien pretenda saltarse al Hijo jamás al-

canzará al Padre. Desde que el Padre se expresó a cabalidad a través del Hijo y, así éste se constituyó en la imagen del Dios invisible (Col. 1:15), la norma eterna en la relación de Dios con los hombres, será esta: No podemos separar al Padre del Hijo para ningún efecto en nuestra relación con aquel.

Entonces continúa Jesús en el versículo 7: «*Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto*». Para conocer al Padre es absolutamente necesario conocer al Hijo primero, porque éste es la revelación del Padre. El Hijo es el resplandor de su gloria (Heb. 1:3). Y como los discípulos habían conocido al Hijo y le habían visto, Jesús les revela que por esa causa ellos conocen al Padre y también lo han visto a él.

A la luz de la tremenda revelación que acaba de hacer nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos, parece necia e ingenua la petición que hace Felipe en el versículo 8: «*Señor, muéstranos el Padre, y nos basta*». «*Pero, Felipe*», respondió Jesús, «*¿tanto tiempo llevo ya entre ustedes, y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decirme: ‘Muéstranos al Padre’? ¿Acaso no crees que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí?»* (vv. 9-10 NVI).

Pero ¿en qué consiste el error de Felipe? En pretender separar al Padre del Hijo y al Hijo del Padre. Felipe quería ver al Padre, pero no en el Hijo, sino directamente. En ese sentido, el error de Felipe nos representa a todos, porque así como vimos anteriormente que en muchos de nosotros se esconde la idea de que el Hijo pudiera ser más bondadoso que el Padre, separando así al Padre del Hijo, de la misma manera no son pocos los que preguntan si en la eternidad futura podremos ver al Padre. Y cuando uno les responde que sí, pero en el Hijo, vuelven a preguntar: «¿Pero veremos al Padre, Padre?» Sí, pero veremos al Padre, Padre, en el Hijo. Entonces uno nota que esas personas no quedan satisfechas con la respuesta.

Lo que reflejan, en definitiva, todas estas disquisiciones humanas es que no conocemos profundamente al Hijo, porque si lo conociésemos a cabalidad, todas estas interrogantes desaparecerían. Al conocer verdaderamente al Hijo, nos encontraríamos inevitablemente con el Padre, ya que ver al Hijo es ver al Padre y conocer al Hijo es conocer al Padre.

Por otra parte, una de las preguntas hechas por Jesús a Felipe va al fondo de la cuestión: «¿Acaso no crees...?». El Señor advierte un problema de incredulidad en todas es-

tas divagaciones. El que no cree no puede conocer. Todo comienza con la fe. Para conocer hay que creer primero. En el aspecto que estamos hablando, debemos necesariamente creer que el Hijo está en el Padre y el Padre está en el Hijo, si es que queremos realmente conocer al Hijo y, en él, descubrir y conocer al Padre.

Cabe aquí una segunda precisión. En ningún momento el Hijo ha dicho que él es el Padre. El Hijo es el Hijo y el Padre es el Padre. Todo lo que el Hijo ha dicho es que el Padre mora en él y se expresa a través de él: «*El Padre que mora en mí, él hace las obras*» (Juan 14:10).

¡Bendito el Hijo de Dios que fue, en los días de su carne, como un vaso vacío de sí mismo, para que el Padre pudiera llenarlo completamente y pudiera expresarse a plenitud a través de él! Esto jamás había ocurrido y jamás volverá a ocurrir. Jesucristo es el primer hombre en la historia humana en quien Dios pudo manifestarse completamente, sin ninguna oposición ni resistencia.

Experiencia parcial

Los hombres del Antiguo Testamento que se destacaron por sus experiencias con Dios, como Moisés, Abraham, Daniel y muchos otros, fueron al igual que los hombres del

Nuevo Testamento, personas por medio de las cuales Dios pudo expresarse, pero parcialmente; jamás a plenitud. En todos ellos, aunque en distintos grados y niveles, vemos que en parte se expresa Dios a través de ellos y en parte se expresan a sí mismos. Solamente en todo lo de su bendito Hijo, sus emociones, su carácter, sus pensamientos, sus motivaciones, sus actitudes, sus acciones, sus palabras y sus sentimientos, pudo el Padre darse a conocer plenamente.

Pero antes de dejar este párrafo del evangelio de Juan (14:6-10), observemos que, en el versículo 10, Jesús, por tercera vez, afirma que **él no habla por su propia cuenta**. Esta frase es importante que la retenamos para cuando tratemos la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo.

Aunque en el capítulo 14 de Juan encontramos un clímax del aspecto que venimos tratando, sin embargo, todos sabemos que falta el acto más sublime, celestial y salvador de todos, donde hallaremos el verdadero clímax de la revelación del Padre por medio del Hijo. Nos referimos a la muerte y a la resurrección de Jesucristo.

De todas maneras el Hijo, sabiendo que su hora de ir a la cruz ha llegado, comienza a hablar, desde el ca-

pítulo 13 del evangelio de Juan, de su regreso al Padre en los cielos. Por esta razón, Cristo como ningún otro anuncia en los capítulos 14, 15 y 16 de Juan, la venida del Espíritu Santo. Nadie honró y reveló tanto al Espíritu Santo como el propio Hijo de Dios en estos capítulos. Interesante será observar para qué y por qué será enviado el Espíritu Santo y cuál será la relación entre él, el Hijo y el Padre.

La hora del Espíritu Santo

Comencemos con el párrafo de Juan 16:12-15. En el versículo 12, Jesús advierte a sus discípulos que todavía tenía muchas cosas que decirles, pero que, por ahora, no podrían soportar. De alguna manera, el Hijo estaba aquí prometiéndoles que, más adelante, él mismo terminaría de darles a conocer toda la verdad. Y en el versículo 13, les aclara cuál será ese tiempo venidero en que les completará la verdad: *«Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...»*. El Espíritu Santo guiará a los discípulos a la verdad plena. Sin embargo, habíamos dicho que, en el versículo 12, parecía que Jesús mismo estaba prometiendo darles a conocer todas las cosas.

¿En qué quedamos entonces? ¿Será Cristo mismo o el Espíritu Santo? La

frase que sigue resuelve todo el asunto: «...*porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere*». Entonces, ¿cómo podrá el Espíritu Santo hacer algo que Cristo mismo había prometido hacer? La respuesta es simple: el Espíritu Santo **no hablará por su propia cuenta**, sino que hablará todo lo que oyere de Cristo. Gracias a la bendita actitud del Espíritu, el que en definitiva guiará a toda la verdad será Cristo mismo.

Pero, a propósito del versículo 13, ¿observas la frase «*no hablará por su propia cuenta*»? Es la misma frase que Jesús había pronunciado tres veces en el evangelio de Juan (7:17; 12:49; 14:10). Ahora, esta frase está aplicada al Espíritu Santo. ¿Lo puedes ver? ¿Puedes notar lo que este hecho implica? Es algo que conmueve y estremece. El Espíritu Santo vendría con la misma actitud con que el Hijo había venido. El Espíritu, al igual que el Hijo, también sería un vaso vacío de sí mismo. Sin embargo, la pregunta es: ¿Por qué o para qué el Espíritu vendrá con esa misma actitud? Acaso ¿él también viene a dar a conocer a Dios?

Anteriormente dijimos que, si Dios, según su beneplácito, ha determinado revelarse al hombre, entonces deberá ser revelado el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ya que Dios es

una Trinidad. También ya vimos que, de acuerdo al evangelio de Juan, el Hijo en los días de su carne, dio a conocer a los hombres al Padre celestial. Así, el Padre fue revelado y glorificado por medio del Hijo. Pero, ahora, el Hijo regresará al Padre y la pregunta es: ¿Quién dará a conocer al Hijo a los hombres? Porque si Dios ha de ser plenamente revelado y conocido, no es suficiente que solo el Padre sea manifestado. También debe serlo el Hijo y el Espíritu Santo.

Pues bien, el bendito y humilde Espíritu Santo ha venido, vaciado de sí mismo, a fin de que el Hijo pueda llenarlo completamente y expresarse a plenitud a través de él. Es decir, exactamente lo mismo que vimos en el Hijo con respecto al Padre, vemos ahora en el Espíritu con respecto al Hijo. El Hijo que había dado a conocer al Dios Padre, a quien nadie había visto jamás, será ahora dado a conocer por medio del Espíritu.

Hablará lo que oyere

Pero, ¿podemos afirmar esto con todo rigor y exactitud? Por supuesto que sí. Ya advertimos que, en el versículo 13, Jesús declaró que el Espíritu Santo hablaría «*todo lo que oyere*», y que según el versículo 12, el Espíritu hablaría todo lo que oyere de Cristo. Pero, lo rotundo y categó-

rico sobre el asunto está en la primera frase del versículo 14. Jesús hablando de la venida del Espíritu, dijo: «*El me glorificará*». El Espíritu Santo fue enviado para glorificar al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Así, el propio Jesús ligó la persona del Espíritu con él. La persona del Padre está ligada al Hijo y éste está unido a la persona del Consolador.

No obstante, el texto del versículo 14 es aún más claro, pues Jesús, luego de decir: «*Él me glorificará*», agrega: «*porque tomará de lo mío, y os lo hará saber*». O como dice la versión NVI: «*porque tomará de lo mío y se lo dará a conocer a ustedes*». Es decir, así como el Hijo había dado a conocer al Padre, el Espíritu dará a conocer al Hijo. Lo que encontraremos en el Espíritu, no será aquello del Espíritu, sino lo de Cristo. Gracias al anonadamiento del Espíritu, todo lo que será expresado a través de él, será Cristo mismo.

En definitiva, así como el Padre se había expresado a plenitud a través de la sujeción libre, consciente y voluntaria de su bendito Hijo, y así, Cristo había glorificado al Padre, así también el Espíritu Santo ha sido enviado con la disposición libre, consciente y voluntaria de que Jesucristo pueda expresarse plenamente por medio de él, y así, Cristo pueda ser glorificado.

Solo de esta manera se puede entender que Cristo, hablando de la venida del Espíritu Santo, haya dicho: «*No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros*» (Jn. 14:18). Aquí, él no dijo: «*No os dejaré huérfanos, porque les enviaré al Espíritu Santo*», sino «*porque yo mismo vendré a vosotros*». En rigor, el que vino fue el Espíritu Santo, pero en virtud de su vaciamiento, el que se expresará por medio de él, será el Hijo.

Asimismo podemos entender ahora por qué, cuando Juan estaba en el Espíritu y escuchó una voz como de trompeta, esa voz no era otra que la voz de Jesucristo hablándole; sin embargo, una vez que Jesucristo entrega su mensaje a las iglesias, él no tiene reparos en advertir que lo dicho por él, lo dice también el Espíritu Santo (Ap.1:10-11; 2:1, 7).

Para terminar este párrafo, en el texto de Juan 16:15 el Señor Jesucristo aprovecha de hacer una aclaración importante: «*Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que*» (el Espíritu Santo) «*tomará de lo mío, y os lo hará saber*». Como ya advertimos anteriormente, el contenido del Padre no es distinto al del Hijo, ni el del Hijo al del Espíritu. No obstante, las personas en Dios no se glorifican a sí mismas, sino que el Hijo glorifica al Padre y el Espíritu glorifica al Hijo.



El mayor es el que sirve

Con la palabra y el ejemplo, el Señor Jesús logró transformar a los «hijos del trueno» en vasos fructíferos.

Gonzalo Sepúlveda

“

Andando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres. Y dejando luego sus redes, le siguieron. Pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan su hermano, también ellos en la barca, que remendaban las redes. Y luego los llamó; y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron.

— Mar. 1:16-20.

En esta escena, buscando a quienes serían sus discípulos, el Señor no fue a los círculos sociales más refinados de su tiempo, sino a estos hombres rústicos y sencillos, «sin letras y del vulgo». El llamamiento tiene propósito: «*Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*». Palabras misteriosas para ellos, acostumbrados al duro trabajo del pescador artesanal.

«*Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar*» (Mar. 3:13). Luego, Jesús cambió el nombre de algunos de ellos: «...a Simón, a quien puso

por sobrenombre Pedro; a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, esto es, Hijos del trueno». El trueno asusta, es violento, exageradamente fuerte. Sabía el Señor que estos hombres, sencillos en apariencia, no eran de corazón manso, sino temibles, y sabemos que él nunca usaría palabras al azar – Boanerges, «hijos del trueno».

Los hijos del trueno

Más adelante, les vemos de nuevo. «Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos. Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda» (Mar. 10:35-37).

El Señor se acercaba a Jerusalén y, habiendo sido testigos de los milagros, y de cómo el Señor había mostrado su poder sobre la naturaleza, sobre los espíritus y sobre los hombres, ellos pensaron que algo grande podía acontecer en esa ciudad. Entonces, su imaginación les hizo aspirar a obtener poder. Si habían acompañado al Señor, dejándolo todo por seguirle, y si él iba a ser el Rey, ¡había que apresurarse en asumir una posición de poder, para dominar a las personas!

El evangelio de Mateo registra que hablaron con su madre para que intercediera por ellos ante el Señor. Eran ambiciosos y astutos, buscando la forma de acercarse y asegurarse un puesto. Pero, aun así, el Maestro no se equivocó al llamarlos.

Antes de esto, Lucas 9:51-54 registra otro gesto de ellos: «Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?».

Tal era el carácter de estos hombres. Eran contradictorios, duros, violentos, vengativos. Si hubiese estado en sus manos tomar una decisión así, ¡ay de los samaritanos! El Señor no escogió a los mejores. Se puede decir que él escogió a los peores.

Vosotros no sabéis

«Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para

salvarlas. Y se fueron a otra aldea» (Luc. 9:55-56). Su Maestro, teniendo todo poder y autoridad para hacer mucho más de lo que ellos estaban pidiendo, prefirió tomar un camino más largo. El Señor no vino a condenar, sino a salvar. Tenía que salvarlos incluso a ellos mismos de su violencia interior. *«Vosotros no sabéis de qué espíritu sois»*. En realidad, ese era el espíritu del enemigo, no el espíritu del Señor.

Volvemos a la escena de Juan y Jacobo en Marcos 10. *«Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado»* (Mr. 10:38-40).

Cuando el Señor hablaba de ese bautismo en que él iba a ser bautizado, se refería a Su muerte. Ellos también tendrían que pasar por un proceso de muerte, pero aun eran incapaces de comprenderlo.

Provocando división

Versículo 41: *«Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan»*. Como resul-

tado de su desmedida ambición, provocar división entre los hermanos no era un cálculo que cabía en sus mentes. Aprender a trabajar en equipo sería para ellos un doloroso proceso. Sin embargo, aún así, el Señor había orado al Padre, fijando su atención en estos deformes hombres y, lejos de fracasar, él consiguió en ellos un fruto maravilloso.

¿Qué hizo el Señor con ellos? Aquí mismo parte la lección. *«Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros...»* (v. 42-43). ¡Qué palabra! Hay un abismo de distancia entre los gobernantes del mundo, y quienes han de participar del reino de Dios.

Servo de todos

«...no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor». Leemos: *«...el que quiera hacerse grande»*. No los está restringiendo, no les está destruyendo su sueño de ser grandes. Esto es algo inherente al ser humano, y el Señor no anula ese deseo de progreso.

Todos luchamos por algo en la vida, por nuestra propia superación. Hay algo legítimo en ello, pero el Señor les cambia el foco, trastocando to-

talmente los valores. «...*el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor*». Puedes ser grande, pero ello no será dominando, no será con opresión, sino siendo un servidor.

«...*el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos*» (v. 44). Hay opción de ser grandes en el reino de Dios, y aun de ser los primeros. Pero el camino es ser un siervo y, más aún, ser «*siervo de todos*».

«*Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*» (v. 45). Ante una palabra así, había solo dos opciones. Jacobo y Juan, ese día, pudieron haber regresado a sus redes. Estas palabras fueron un duro golpe a su manera de ver la vida. Seguir a su Maestro, en ese punto, debe haberles parecido un desafío imposible. El riesgo de fracasar era muy alto. ¿Cómo abandonar ese carácter de trueno para asumir una humildad semejante?

Gracias al relato del Nuevo Testamento, tenemos el panorama completo. Pedro, Juan y Jacobo llegaron a ser los discípulos más íntimos del Señor. Fueron eficaces pescadores de hombres. Su carácter fue moldeado a imagen del Maestro. Y finalmente, en Apocalipsis 21, en la nueva Jerusalén, leemos: «*el muro*

de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los apóstoles del Cordero» (Ap. 21:14). ¡Qué poderoso Maestro! ¡Cómo logró que hombres tan viles llegaran a ser dignos de ocupar un lugar de tanta honra junto a él!

¿Y nosotros?

Nosotros no somos diferentes de Pedro, de Juan y de Jacobo. Tenemos muchos de sus rasgos, aunque estén muy ocultos; pero tarde o temprano saldrá de manifiesto lo que en realidad somos.

Nosotros no amamos naturalmente. Se requiere un milagro, un cambio profundo. Ningún maestro nos hubiese escogido a nosotros para que fuésemos sus discípulos, y menos para encomendarnos una función tan elevada y eterna. A pesar de ello, el Señor Jesús fijó su mirada en cada uno de nosotros.

Ellos estuvieron con el Señor. La transformación no les vino por esfuerzo propio. Ellos no podían simplemente decir: 'Dejaremos de ser como el trueno; desde ahora seremos humildes'. No. Fue la obra del Maestro, su poder y sus palabras que se hicieron vida.

Hay un atractivo en la persona del Señor Jesús. Quienes comienzan a seguirle no pueden retroceder. Aun-

que nos apriete firme, sabemos que debemos estar con él. Su reprensión siempre viene cargada de amor. Aunque pasemos por pruebas difíciles y se nos desmorone el mundo, somos conscientes que no podemos apartarnos del Maestro. Y así, estos hombres le siguieron, aún sin saber lo que les esperaba.

«Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Que fuesen violentos, no fue impedimento para que él los amara, y ellos percibieron ese amor.

Ejemplo vivo

El Señor sabía que había llegado su hora. «...sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos...» (Jn. 13:3). He aquí la gloria del Señor. Todas las cosas le habían sido dadas por el Padre. Él es dueño y Señor de todo lo creado. Todo poder le fue dado en el cielo y en la tierra, y ante él se doblará toda rodilla y toda lengua le confesará. ¡Qué grandeza incomprensible para nuestra mente limitada!

«...había salido de Dios, y a Dios iba». ¡Qué conexión entre el cielo y la tierra, qué perfección, en este Hombre que estaba allí con ellos! De alguna manera, a esa altura, los discípulos algo habían visto de la grandeza del Señor. Así también, en nosotros, el conocimiento del Señor ha

ido en aumento, y hoy le vemos más glorioso. Estos Boanerges estaban cambiando; ahora tenían una mirada distinta.

Sabiendo el Señor estas cosas, «se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido» (13:4-5). En silencio, el Maestro se pone en pie. Los discípulos, atónitos, enmudecen ante una escena jamás imaginada. Inclinado, cual siervo de todos, comienza su tarea. La suciedad de los pies polvorientos iba cayendo con el agua, y no solo sus pies, sino también la altivez de sus corazones estaba siendo simultáneamente derribada. ¿Puedes verlo?

Siendo dueño de todo, él se humilla, y toma la posición de un esclavo, el último lugar. En esa hora, los discípulos, con toda su indignidad, estaban siendo tratados como reyes, un privilegio que no tuvieron otros hombres. Sus rasgos violentos fueron derribados por su Maestro, que los ganó por amor.

Sin que lo merezcamos, él se preocupa de lavarnos, de refrescarnos, de alentarnos a seguir. Muchas veces, el Señor nos ha lavado los pies, ya sea por una oración respondida, por

la visita o abrazo de un hermano, o cuando una palabra Suya, por el Espíritu Santo, viene a conmover nuestros corazones.

Ahora entendemos a Pedro cuando dice: «Señor, ¿tú me lavas los pies?». Los otros se quedaron mudos ante aquella escena. Toda su experiencia viene fugazmente a su memoria: él había confesado al Mesías revelado, había sido testigo de su gloria y oído al Padre acerca de Él en el monte de la transfiguración. Los demonios habían huido a su presencia, los enfermos sanaron, la tempestad del mar se calmó a su voz, Lázaro regresó de la muerte por mandato suyo. Y ahora, cual siervo se humilla... No, Pedro no soportó y menos comprendió a su Maestro. Esta actitud supe-

porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros» (14-15). No temamos tomar el último lugar, y prestar un servicio, por pequeño que parezca, porque a eso nos llamó el Maestro.

El agua que lavó sus pies, lavó también la soberbia de sus almas. La limpieza interior superó la exterior. Porque así trata el Maestro con nosotros: él nos habla con tanta dulzura, con tanto amor, que no podemos resistirnos. Este Maestro es digno de ser seguido.

Lección suprema

Evangelio de Juan, capítulo 19. «*Estaban junto a la cruz de Jesús su*

Hay un abismo de distancia entre los gobernantes del mundo, y quienes han de participar del reino de Dios.

ró los límites del hombre: «¿Tú me lavas?». Y se negó en principio. ¿Podemos imaginar por un instante su quebranto interior?

«Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien,

madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena» (19:25). ¡Qué momento éste! El Señor está en la cruz. Cuán terrible es su sufrimiento físico; traspasado por los clavos, su cabeza coronada de espinas, su sangre derramándose. Azotado y torturado, él había cargado su cruz en ese largo camino hacia el Gólgota.

«Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente...». Juan estaba presente allí. ¿Qué quedaba aquí del Boanerges vengativo que pretendía hacer descender fuego sobre los samaritanos, de aquel que soñaba con los privilegios del poder? Su ambición humana estaba destruida. Su Maestro amado no solo había anunciado que iba a morir; ahora estaba muriendo por ellos, por los hijos del trueno, y por estos hombres deformes que somos todos nosotros.

«Jesús ... dijo a su madre...». ¿Cómo pudo hablar estando crucificado? Él no pidió nada para sí mismo. Estando en la condición más extrema, se preocupó por su madre. Tal es nuestro Maestro, nuestro modelo. Que el Señor derribe nuestros reclamos. «Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre» (26-27). ¿Tenía Juan opción de negarse ante esa mirada y esa voz desde la cruz? Los otros habían huido; pero Juan estaba muy cerca, oyendo cada palabra del bendito moribundo. «He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa».

Seguir al Maestro les significó a estos hombres ir muriendo de a poco. Su personalidad violenta, su carácter temible, fue hecho trizas. Ver al Maestro y oír sus palabras, transformó sus vidas; seguirle, produjo un

efecto demoledor en sus corazones y, muy pronto, el fruto se haría manifiesto.

El fruto, otro «trueno»

Pasada la crisis, con el Espíritu Santo llenando su corazón, Juan pudo describir realmente quién era Aquel que le miró a los ojos y con voz temblorosa le habló desde la máxima debilidad, desde la cruz: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vivimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1:1-3, 14) .

¿Podemos percibir la autoridad de cada declaración? Hay otro trueno aquí, sigue siendo Juan, pero es 'otro Boanerges'. Su estruendo aún se oye, ha traspasado no solo los oídos sino el corazón de multitudes, a través de los siglos, llegando hasta nuestros corazones. ¡Y el eco seguirá siendo replicado mientras haya creyentes en esta tierra! ¡Qué precioso es el Hijo de Dios! ¡Qué preciosa es la Roca sobre la cual estamos fundados!

Síntesis de un mensaje impartido en Temuco (Chile), en septiembre de 2014.

Cuando el cielo oye a la tierra



Cuando los hombres vienen a Su casa, pueden tocar al Dios de los cielos, y cooperar con su voluntad en la tierra.

Rodrigo Abarca

Lectura: Marcos 11:15-19.

El Señor Jesús dijo a sus discípulos: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*» (Mat. 11:29). Sin embargo, cuando él entró en el templo de Jerusalén (en este pasaje de Marcos capítulo 11) tuvo una conducta inusual en su persona, pues reaccionó de manera violenta, volcando las mesas de los cambistas y expulsándolos del templo.

El enojo del Señor

¿Por qué el Señor se enojó de esa manera? Conforme a la profecía, en el día de su muerte, él «*no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca*» (Is. 53:7). Él fue manso y humilde hasta el final; pero acá no. Aquí hay algo que le causó un profundo enojo. Y es necesario e importante que entendamos la causa de su ira.

Los estudiosos dicen que el Señor entró en el templo dos veces en su ministerio: al principio

de su ministerio, en Juan capítulo 2, cuando él entró allí y expulsó a los cambistas; y al final, cuando volvió a Jerusalén, otra vez se encontró con el mismo escenario, y volvió a hacer exactamente lo mismo.

¿Quiénes eran estas personas con quienes él se enfureció tanto? Claramente, ellos estaban ahí haciendo negocios, eran cambistas. Constantemente, acudía a Jerusalén gente de todas partes del mundo conocido, judíos que vivían esparcidos debido a la diáspora.

De hecho, todo judío que se preciara de tal, iba por lo menos una vez en su vida a Jerusalén a ofrecer sacrificios al templo. Ellos traían dinero de sus lugares de origen; y lo cambiaban en el mismo templo para poder comprar los animales necesarios para el sacrificio.

Así que, de alguna manera, los cambistas estaban prestando un servicio. Pero el Señor, airado, «volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas». O sea, tanto vendedores como cambistas recibieron el enojo del Señor.

«Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: *Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones*» (Mar. 11:17). El Señor explica la causa de su ira. Ellos ha-

bían alterado el propósito de la casa de Dios, convirtiéndola en algo muy distinto a lo que ella debía ser; un lugar donde cada uno buscaba su propio interés.

El sueño de Jacob

El propósito del templo de Dios es ser «*casa de oración para todas las naciones*». De esa manera, el Señor definió lo que es la esencia de la casa. Él pudo haber dicho que aquel era el lugar del sacerdocio o de los sacrificios; sin embargo, lo llamó «*casa de oración*».

Para entender el sentido que el Señor le dio a esta frase, necesitamos ir a la primera mención de la casa de Dios en la Escritura, en la historia del sueño de Jacob: «*Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella...*» (Gén. 28:11-13).

Aquel era un sueño extraño, difícil de entender. Cuando la Escritura dice que ángeles de Dios subían y descendían por aquella escalera, nos quiere decir que el cielo estaba ac-

tuando sobre la tierra. Y Dios estaba en lo alto de la escalera, es decir, el cielo estaba abierto sobre la tierra.

«Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía» (v. 16). Este es el lugar donde el cielo se une con la tierra, donde la presencia y el reino de Dios tocan la tierra. *«Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo»* (v. 17).

Esta es la primera mención de la casa de Dios en la Escritura. La casa de Dios es la puerta del cielo, el lugar donde el cielo está abierto sobre la tierra, donde el cielo toca la tierra, donde la voluntad del cielo actúa sobre la tierra. Esa es la definición esencial de la casa de Dios.

Luego, cuando Dios ordena a Moisés levantar el tabernáculo, y después, cuando manda a Salomón construir el templo, ambos están apoyados en este principio original – el lugar donde Dios se hace presente en la tierra.

La piedra y la casa

«Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella» (v. 18). La escalera se apoyaba sobre la pie-

dra donde él había dormido. Esa piedra era el punto donde el cielo tocaba la tierra. Jacob entendió que esa piedra era fundamental, pues marcaba el lugar de la casa de Dios, y derramó aceite sobre ella.

«Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios» (v. 22). Donde está esta piedra, está la casa de Dios. ¿Por qué la piedra y por qué el aceite sobre la piedra? ¿Qué señal representa esa piedra? Veamos:

«Acercándoos a él, piedra viva...» (1ª Ped. 2:4). Cristo es la piedra viva. Esto afirma Pedro, aquel que recibió la mayor revelación del Nuevo Testamento, que es fundamento de todo lo demás: *«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»* (Mat. 16:16).

Cristo es el Ungido, una expresión que viene del Antiguo Testamento, aplicada primero al rey Saúl y luego a David. Ellos fueron ungidos reyes con el aceite de la unción, figura del Espíritu Santo.

«Tú eres el Cristo», quiere decir «Tú eres el Ungido de Dios». Es la unción lo que establece al Señor Jesús como el Cristo de Dios. La palabra *Ungido*, en hebreo, es *Mesías*, y en griego, *Cristo*. Y esto es lo que Jacob señala – la piedra ungida, la piedra fundamental. *«...y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella»*.

Cooperando con Dios

«... desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa». Esta es la piedra que Dios estableció. Entonces, «vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual» (1ª Ped. 2:5). La iglesia es la casa de Dios; ya no más una casa física, sino una casa espiritual, de la cual el tabernáculo y el templo eran solo figuras. La verdadera casa es ésta, que tiene a Cristo, la piedra viva, como fundamento.

Entonces, al ungir la piedra, Jacob estaba señalando el lugar de la casa. Esta piedra es la señal, y las otras piedras tienen que venir y ser edificadas sobre ella, para constituir la casa de Dios.

También el Señor Jesús interpretó el sueño de Jacob: «De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre» (Juan 1:51). Citando este sueño, el Señor nos dice que el lugar donde los ángeles suben y descienden no es una escalera, sino él mismo. ¡Qué maravilloso! Él es la piedra que señala el lugar de la casa de Dios, y también es la escalera que une el cielo y la tierra. Es en él que el cielo y la tierra se unen. Él es «el tabernáculo de Dios con los hombres» (Ap. 21:3).

En el pasaje de Marcos 11, cuando el Señor habla de la esencia de esa casa, nos dice: «Mi casa será llamada casa de oración». Llegamos, entonces, al misterio de la oración en la Escritura. La oración es la forma en que el cielo toca la tierra; es a través de la oración que el cielo puede descender y actuar sobre la tierra. La oración es lo que abre el cielo sobre la tierra.

Este misterio es tan importante en la Escritura, que está contenido en muchos lugares de ella. El hombre fue creado para cooperar con Dios y ser la expresión de Dios sobre la tierra. Es a través del hombre que el cielo debería actuar sobre la tierra. Pero, ¿cómo ocurre eso? Principalmente por medio de la oración.

Ezequiel 22:30 dice: «Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé». Este pasaje habla del juicio y la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, en el año 500 antes de Cristo. Pero el Señor está diciendo que, antes de destruir la ciudad, él buscó a alguien que intercediera a favor de ella y no lo halló.

Dios, soberanamente, se ha restringido a sí mismo, para que su volun-

tad sea ejecutada en unión con los hombres. Él requiere de la cooperación del hombre para ejecutar su voluntad en la tierra. En sentido estricto, Dios no necesita de los hombres; él podría hacerlo todo solo, pues, dado que es soberano, nadie puede impedirselo. Sin embargo, él se limitó a sí mismo, determinando actuar en la tierra a través del hombre. Por eso, él siempre busca hombres que colaboren con él en la realización de su voluntad.

La forma más alta de cooperación con Dios es la oración. Más que el servicio, más que el ministerio, más que cualquier cosa que podamos hacer para Dios. A través de la oración, la voluntad de Dios desciende a la tierra.

Dios siempre está atento

«*Mi casa será llamada casa de oración*», pues el propósito de ella es cooperar con la voluntad de Dios en la tierra.

Veamos un pasaje en 2 Crónicas capítulo 6 que nos aclarará el sentido básico de la casa de Dios, el día en que Salomón efectuó la dedicación del templo. Allí se ejecutaban un sinnúmero de tareas, pero, ¿cuál es el significado fundamental que Salomón le dio al templo? Revisemos lo que dice él en su oración:

«*Mas ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que he edificado?»* (6:18). Salomón tenía muy claro que esa casa material no podía ser la habitación definitiva de Dios, sino solo una figura.

«*Mas tú mirarás a la oración de tu siervo, y a su ruego, oh Jehová Dios mío, para oír el clamor y la oración con que tu siervo ora delante de ti*» (v. 19). Y, ¿qué pide Salomón como función fundamental de la casa de Dios? «*Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste: Mi nombre estará allí; que oigas la oración con que tu siervo ora en este lugar*» (v. 20).

«*Asimismo que oigas el ruego de tu siervo, y de tu pueblo Israel, cuando en este lugar hicieren oración, que tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada; que oigas y perdones*» (v. 21). En otras palabras, si hay alguna razón de ser de esta casa, es que Dios esté siempre atento a la oración que se hace en ella. Durante toda su oración, Salomón seguirá afirmando lo mismo, de muchas maneras, porque la casa es un lugar donde los ojos y los oídos de Dios están atentos, pues su corazón está allí.

«Si alguno pecare contra su prójimo, y se le exigiere juramento, y viniere a jurar ante tu altar en esta casa, **tú oirás desde los cielos, y actuarás, y juzgarás ... Si tu pueblo Israel fuere derrotado delante del enemigo por haber prevaricado contra ti, y se convirtiere, y confesare tu nombre, y rogare delante de ti en esta casa, **tú oirás desde los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y les harás volver ... Si los cielos se****

Todos los que llegaron a él tocaron el cielo sobre la tierra. Miles de personas traían sus enfermos al Señor, y la Escritura declara algo sorprendente al respecto: «Y sanó a todos» (Mat. 8:16).

Aquí vemos exactamente lo mismo. Todas las situaciones humanas – aflicción, pecado, derrota, fracaso, lo que sea–, pueden ser traídas a esta casa, dice Salomón. Y si ellos oranen,

Dios, soberanamente, se ha restringido a sí mismo, para que su voluntad sea ejecutada en unión con los hombres.

*cerraren y no hubiere lluvias, por haber pecado contra ti, si oran en ti hacia este lugar, y confesaren tu nombre, y se convirtieren de sus pecados, cuando los afligieres, **tú los oirás en los cielos, y perdonarás...***» (v. 22-27).

El cielo escucha a la tierra

Salomón está diciendo que este es el lugar donde el cielo escucha a la tierra. Díganme, ¿hay otro lugar como éste sobre la tierra, donde los hombres puedan encontrarse con Dios, seguros de que él está allí, y que los oye, y los atiende? ¿Cuántas personas se acercaron a Cristo y fueron defraudadas por él? Ninguna.

el Señor oirá, sanará, perdonará, rescatará. ¡Cuán importante es esto!

Esta oración abarca todos los aspectos de la vida humana, y en todos los casos, siempre se concluye con la misma expresión: «*Tú oirás desde los cielos*».

Salomón, tipo de Cristo

«*Ahora, pues, oh Dios mío, te ruego que estén abiertos tus ojos y atentos tus oídos a la oración en este lugar. Oh Jehová Dios, levántate ahora para habitar en tu reposo, tú y el arca de tu poder; oh Jehová Dios, sean vestidos de salvación tus sacerdotes, y tus santos se regocijen en tu bondad. Jehová Dios, no rechaces*

a tu ungido; acuérdate de tus misericordias para con David tu siervo» (2 Crón. 6:40-42).

Salomón actúa aquí como un tipo de Cristo. Esta es la oración con la cual Cristo dedica su casa al Padre. Esta es la oración del Ungido, como Sumo Sacerdote de Dios, pidiendo para que el corazón de Dios esté siempre con nosotros; para que los oídos del Padre siempre estén abiertos a la oración en esta casa. ¿Rechazará el Padre la oración de su Ungido? Jamás. Él es ministro del santuario, de aquel verdadero tabernáculo que levantó Dios y no el hombre y éste tabernáculo somos nosotros.

«Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa» (2 Crón. 7:1). La presencia de Dios descendió a la tierra en ese lugar.

«Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los

cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra» (2 Crón. 7:12-14).

Toda la bondad y la compasión del cielo, todo el amor, toda la gracia, todo el poder y la autoridad de Dios tocan la tierra, allí donde está la casa de Dios. *«Ahora estarán abiertos mis ojos y atentos mis oídos a la oración en este lugar» (v. 15).* Dios necesita oír la oración de su pueblo, *«...porque ahora he elegido y santificado esta casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre».*

Cuando el Señor dijo: *«Mi casa será llamada casa de oración»*, no declaró simplemente una frase. Él estaba definiendo lo mismo que definió aquí Salomón. La casa de oración es el lugar donde el cielo se une con la tierra, y, cuando los hombres vienen a esta casa, pueden tocar al Dios de los cielos.

En días de Samuel

Veamos un ejemplo más sobre cuán importante es la oración, y de cómo debería ser la oración en la casa de Dios. Sin duda, todos tenemos la experiencia de que, a veces, Dios no responde nuestras oraciones. ¿Por qué ocurre así? Veremos un principio fundamental en 1 Samuel capítulo 1.

A mi juicio, los primeros capítulos de este libro son algunos de los pasajes más importantes de la Escritura, porque en ellos hay una especie de punto de inflexión en la historia de los tratos de Dios con el hombre. Es uno de esos momentos trascendentales, donde la situación cambia radicalmente, cuando todo iba hacia la ruina y parecía que todos los planes de Dios para Israel fracasarían.

Durante cuatrocientos años, los jueces gobernaron sobre Israel. Y durante todo ese tiempo, Israel fue de mal en peor, hasta caer al fondo de la degradación moral y espiritual. Parecía que la nación estaba corrompida hasta los cimientos, y la señal más clara de su decadencia era la degradación de la casa de Dios y su sacerdocio. Todo se había corrompido, al igual que lo que encontró el Señor Jesús cuando entró en el templo de Jerusalén.

La historia comienza con un hombre llamado Elcana, quien tenía dos mujeres, Ana y Penina. Ana era estéril, y la otra mujer tenía hijos. *«Y todos los años aquel varón subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo, donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová»* (1 Sam. 1:3). Estos ejercían el sacerdocio de manera real, pues,

aunque Elí era el sumo sacerdote, estaba ya muy anciano.

«Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de Jehová» (1 Sam. 2:12). ¡Qué tragedia! Y si ellos no tenían conocimiento, ¿quién lo tendría? Es por ello que la casa de Dios había perdido su propósito y función.

«Y era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, trayendo en su mano un garfio de tres dientes, y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo» (v. 13-14).

La Ley establecía que los sacerdotes podían comer de las ofrendas, pero que antes debía ofrecerse el sacrificio a Dios. Primero debía ser satisfecha la necesidad divina y luego la necesidad humana. Pero ellos había invertido el orden. Allí había una alteración radical. Cuando los intereses humanos se sobreponen a los intereses divinos, entonces la casa pierde su propósito y se corrompe.

Ana era una mujer muy infeliz, por ser estéril, aunque su marido la amaba. Para toda mujer israelita, el no tener hijos era una tragedia. Cada

año, Ana pedía a Dios un hijo. Pero la casa había perdido su razón de ser, y los ojos de Dios no estaban sobre ella. Sin embargo, Dios quería restaurar su casa.

Un punto de inflexión

Aquí tenemos un punto de inflexión. Esta historia nos muestra cuánta diferencia puede hacer el que Dios escuche la oración de un hombre o una mujer sobre la tierra. Muchas cosas se desencadenan cuando el cielo oye a la tierra; cuando la voluntad de Dios actúa en el mundo en respuesta a la oración de sus hijos. Aquí nos topamos con una tragedia espiritual y moral que afecta a toda la nación de Israel. Parece que el plan de Dios para su pueblo está a punto de fracasar; pero hay una mujer que sube todos los años al santuario a orar por un hijo.

«Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola, porque Jehová no le había concedido tener hijos» (1 Sam. 1:6). Me pregunto cuántas veces Satanás se burla de nosotros, diciéndonos: «Dios no te escucha». «Así hacía cada año; cuando subía a la casa de Jehová, la irritaba así; por lo cual Ana lloraba, y no comía ... Y se levantó Ana después que hubo comido y bebido en Silo; y mientras el sacerdote Elí estaba sentado en una silla junto a un pilar del

templo de Jehová, ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente» (v. 7, 9-10).

Sin embargo, en esta última ocasión, ocurrió algo completamente distinto. A lo largo de todos esos años, la situación de Ana representaba, de alguna manera, la situación misma de Israel. Ana era estéril, y la nación entera era estéril a los ojos de Dios. Pero, ahora, por medio del dolor de Ana, la voluntad de Dios empezó a entrar en su corazón.

Al principio, ella pedía para sí misma. Pero, a lo largo de ese tiempo de aflicción, cuando ella subía a esa Casa, podía ver la condición de ella y se daba cuenta de lo que hacían los hijos de Elí. Y el dolor por toda la ruina moral y espiritual de la nación, empezó a entrar en el corazón de Ana. Ella empezó a sentir el dolor de Dios. No solo su necesidad personal, sino la necesidad de Dios.

Dios amaba a ese pueblo y quería que fuese la expresión de su voluntad. Gracias a su propia situación, Ana pudo sentir el dolor de Dios, hasta el punto en que, en su última oración, ya no pidió para sí, sino para el Señor. *«E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva*

un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza» (v. 12).

El cielo oye a la tierra

Cuando todos buscaban lo suyo, una mujer hizo algo totalmente diferente. Ana renunció al hijo que tanto anhelaba y lo dio al Señor. Y Dios la escuchó. ¡Qué bendición, cuando el cielo oye a la tierra! A través de esa mujer sencilla, la historia de Israel cambió, porque Ana oró por la voluntad del Dios, poniendo las necesidades de Dios antes que las suyas y atreviéndose a pedir para que el corazón de Dios fuese satisfecho.

Ni aun el sumo sacerdote pudo comprender a Ana. Ella oraba con tal devoción que ni siquiera hablaba en voz alta y solo movía sus labios. Elí la tuvo por ebria, pero ella le dijo: *«No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová»* (v. 15). *«Elí respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho»* (v. 17).

Ana era una mujer de fe, y aunque Elí era un sacerdote débil e ineficaz, ella creyó que esas palabras eran la respuesta del Señor y se fue en paz. Entonces, Dios le dio un hijo en respuesta a su oración, al cual llamó

Samuel. Pero ella, tal como lo había prometido, renunció a su hijo y se lo dio al Señor: *«Después que lo hubo destetado, lo llevó consigo, con tres becerros, un efa de harina, y una vasija de vino, y lo trajo a la casa de Jehová en Silo; y el niño era pequeño»* (v. 24). ¿Se separaría usted de un niño pequeño? ¿Entregaría a un hijo pequeño, el hijo de la aflicción de su corazón?

«Y matando el becerro, trajeron el niño a Elí. Y ella dijo: ¡Oh, señor mío! Vive tu alma, señor mío, yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Jehová. Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová» (v. 25-28). Y miren qué hermosa frase final: *«Y adoró allí a Jehová»* (v. 29). Porque la adoración es la forma más alta de oración.

«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mat. 6:33). He aquí el gran secreto, que Ana aprendió a través de este acto de sacrificio y renuncia. *«Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio acostumbrado. Y Elí bendijo a Elcana y a su mujer, diciendo: Jehová te dé hijos de esta mujer en lugar del que pidió a Jehová. Y se volvieron a su*

casa. Y visitó Jehová a Ana, y ella concibió, y dio a luz tres hijos y dos hijas. Y el joven Samuel crecía delante de Jehová» (Sam. 2:19-21). Ana le dio un hijo al Señor y recibió cinco a cambio. Cuando las necesidades de Dios sean satisfechas, entonces él satisfará las nuestras en abundancia.

Interpretando el corazón de Dios

¿Por qué, en ocasiones, el Señor parece no escuchar nuestras oraciones? Porque buscamos nuestra voluntad y no la suya. Dios busca hombres que oren aquí por el cumplimiento de Su voluntad. Ana no era una persona especial, sino una mujer sencilla, que, en un momento crucial de la historia, interpretó el corazón de Dios como ningún otro pudo hacerlo. Y Dios oyó su oración y con su respuesta cambió el curso de la historia.

«Y Samuel creció, y Jehová estaba con él, y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras. Y todo Israel, desde Dan hasta Beerséba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová. Y Jehová volvió a aparecer en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de Jehová» (1 Sam. 3:19-21). El Señor volvió a aparecer en su casa. Samuel fue el hombre que Dios usó para res-

taurar la casa y el cielo volvió a actuar sobre la tierra.

Sería largo mencionar todas las veces en que la Escritura registra cómo el cielo actuó sobre la tierra en respuesta a la oración. No importa quién ore, sea el rey Salomón o sea una mujer sencilla como Ana, los ojos del Señor recorren la tierra buscando a aquellos que privilegian las necesidades de Dios, para responder sus oraciones. Si aprendemos esto, es seguro que él satisfará también todas nuestras necesidades.

Que el Señor nos ayude, para que podamos ser verdaderamente casa de oración. Cuando tú ores, no pienses en primer lugar en tus necesidades. Piensa que Dios necesita nuestras oraciones; que el cielo necesita las oraciones de la tierra. El hermano Nee decía: «Se han acumulado muchas cosas de Dios en los cielos, que no han podido descender a la tierra, porque el pueblo de Dios no ora para que ello ocurra».

Oremos como Ana, con fe, creyendo que Dios nos oirá. Hagamos oraciones grandes, porque Aquel que oye y responde es grande, aunque nosotros somos tan pequeños. El Señor oirá desde los cielos y actuará sobre la tierra.

Síntesis de un mensaje compartido en Peñafior (Chile), en noviembre de 2014.

Una obra imprescindible en el caminar de todo creyente.



La necesidad de la obra del Espíritu

C. H. Spurgeon

Una característica notable de los milagros de Cristo es que ninguno de ellos era innecesario. No fueron caprichos del poder, y aun siendo manifestaciones de poder, todos cumplían un propósito práctico.

Lo mismo puede decirse respecto a las promesas de Dios. Ninguna promesa en la Escritura puede ser considerada un mero capricho de la gracia. En consecuencia, si Dios prometió en el pacto realizado con su pueblo poner su Espíritu dentro de ellos, esa promesa tuvo que ser absolutamente necesaria, y también ha de ser imprescindible para nuestra salvación que cada uno de nosotros reciba el Espíritu de Dios.

I. Atrayéndonos a Cristo

La obra del Espíritu Santo es totalmente necesaria para nosotros, si es que queremos ser salvos. Esta proposición es muy evidente cuando *recordamos lo que el hombre es por naturaleza*. Algunos dicen que el hombre puede alcanzar la salvación por sí solo; dicen que, si oye la Palabra, está en su poder recibirla, creerla y hacer que se opere en él un cambio salvador. Quienes así piensan,



Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu».

— Ezequiel 36:27.

desconocen lo que es el hombre, pues la Escritura nos informa que el hombre está *muerto* en delitos y pecados por naturaleza. No dice que está enfermo, que se ha endurecido y que su conciencia está cauterizada, sino que afirma que está categóricamente muerto.

El trasfondo del Evangelio es que el hombre está muerto en el pecado y que la vida divina es un don de Dios, y tendrías que ir en contra de todo este trasfondo antes de poder suponer que el hombre puede conocer y amar a Cristo prescindiendo de la obra del Espíritu Santo. Aparte de la influencia vivificadora del Espíritu de Dios, las almas de los hombres yacen en el valle de los huesos secos y están muertas... por toda la eternidad.

Pero la Escritura no solo dice que el hombre está muerto en el pecado; nos dice algo peor que eso: que él es plena y categóricamente reacio a todo lo bueno y recto. «Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Rom. 8: 7).

La voluntad del hombre es contrapuesta a las cosas de Dios. «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere»; pero después sigue algo todavía más contundente: «No *queréis* venir a mí para que tengáis vida».

Nadie *quiere* venir. Ahí radica el mal mortal; el hombre no solo es impotente para hacer lo bueno, sino que es suficientemente fuerte para hacer lo malo, y su voluntad es irremisiblemente contrapuesta a todo lo bueno. Los hombres *no* quieren venir. No puedes inducirlos ni aun forzarlos; si el Espíritu no los atrae, ellos *no quieren* venir a Cristo para tener vida.

Entonces, conociendo que la naturaleza humana es hostil al Espíritu, es necesario que el Espíritu de Dios obre para corregir la inclinación del corazón, para poner al hombre en el sendero correcto y darle las fuerzas necesarias para que corra en él. ¡Oh, es imposible desconocer la necesidad de la obra del Espíritu Santo!

Un gran escritor comentó muy acertadamente que nunca conoció a ningún hombre que sostuviera algún gran error teológico, que no sostuviera conjuntamente alguna doctrina que minimizara la depravación humana. Pero una vez que se adopta el punto de vista correcto, es a saber, que el hombre está completamente caído, que es culpable y que está perdido y condenado, entonces habrá una sana doctrina en todos los puntos del gran Evangelio de Jesucristo.

Tan pronto crees que el hombre es lo que la Escritura afirma que es, tan pronto crees que su corazón es depravado, que sus afectos son pervertidos, que su entendimiento está

ensombrecido y que su voluntad es perversa, entonces tendrás que aceptar que si un desgraciado así descrito puede ser salvado, tiene que ser por la obra del Espíritu de Dios, y del Espíritu de Dios únicamente.

2. Salvando las almas

La salvación tiene que ser una obra del Espíritu en nosotros, porque *los medios usados en la salvación son de por sí inadecuados para el cumplimiento de la obra*. ¿Y cuáles son los medios de la salvación? Ante todo, la predicación de la Palabra, el primordial instrumento de Dios. «Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación».

Pero, ¿qué hay en la predicación que salve a las almas? Podría dar la impresión de ser el instrumento de la salvación de las almas. Hay diversos lugares a los cuales ustedes pudieran entrar y decir: «Aquí hay un ministro en verdad instruido, un hombre que enseña e ilumina el intelecto. Bien, si Dios tiene la intención de realizar una gran obra, él va a usar a un hombre instruido como éste».

Pero, ¿no es un hecho evidente que muchos predicadores de moda, elocuentes e instruidos, son justamente los varones más inútiles de la creación para ganar almas para Cristo?

Al Señor le complace revestir de poder al débil, pero no otorga poder a quienes, si se obrase algún bien, po-

drían atribuir la excelencia de ello a su aprendizaje, a su elocuencia o a su posición.

Dios ha bendecido a los más débiles para hacer el mayor bien. Entonces, ¿no se deduce de esto que tiene que ser la obra del Espíritu? Porque si no hay nada en el instrumento que pueda conducir a hacerla, ¿no es acaso la obra del Espíritu la que hace que se cumpla la obra?

Bajo el ministerio de la predicación, los pecadores son conducidos al arrepentimiento y convertidos en santos, y algunos hombres que venían resueltos a no creer se vieron forzados a creer. ¿Quién realiza todo eso? Tiene que ser el Espíritu que obra en el hombre a través del ministerio, pues de lo contrario tales obras no serían realizadas nunca.

Sin la acción del Espíritu, sería vano esperar salvar a las almas por medio de la predicación. La salvación tiene que ser obra de un poder superior. Entonces, con base en estos hechos, concluimos que debe haber una influencia superior, invisible y misteriosa: la influencia del Espíritu de Dios.

3. Revelando a Cristo

En tercer lugar, permítanme recordarles de nuevo que puede verse claramente la absoluta necesidad de la obra del Espíritu Santo en el corazón partiendo de este hecho: que todo lo que ha sido hecho por Dios el Padre,

y todo lo que ha sido hecho por Dios el Hijo es ineficaz para nosotros, a menos que el Espíritu revele estas cosas a nuestras almas. En primer lugar, nosotros creemos que Dios el Padre elige a su pueblo. Él lo eligió para sí desde antes de la fundación del mundo.

Pero, ¿qué efecto puede tener en alguien la doctrina de la elección mientras el Espíritu de Dios no entre en él? ¿Cómo sé que Dios me eligió desde antes de la fundación del mundo? ¿Puedo subir al cielo y leerlo en el rollo? ¡No! La elección es letra muerta tanto en mi conciencia como en el efecto que pudiera producir en mí, mientras el Espíritu no me llame de las tinieblas a su luz admirable.

Y luego, sabiéndome llamado por Dios, sé que he sido elegido por él. La doctrina de la elección es algo muy precioso para un hijo de Dios. Pero,

Si tú pudieras elevar la mejor oración en el mundo, sin el Espíritu, Dios no querría tener que ver nada con ella.

¿qué la hace valiosa? Nada, excepto la influencia del Espíritu. Mientras el Espíritu no abra los ojos para leerla, ningún corazón puede conocer su elección. Él, mediante sus operaciones divinas, da un infalible testimonio a nuestros espíritus de que somos nacidos de Dios.

Además, miren el pacto de gracia. Sabemos que Dios el Padre hizo un pacto con el Señor Jesucristo en la eternidad pasada, y que en ese pacto le fueron dadas a él las personas de todo su pueblo; ¿pero de qué nos serviría el pacto si el Espíritu Santo no nos entregara las bendiciones del mismo?

Traigan aquí a cualquier pecador y díganle que existe un pacto de gracia, y ¿qué se ganaría con ello? «Ah», dice, «mi nombre no puede estar registrado allí; no puedo haber sido elegido en Cristo». Pero basta que el Espíritu de Dios more en su corazón por medio de la fe y del amor que es en Cristo Jesús, y ese hombre verá el pacto, ordenado en todas las cosas y que será cumplido.

Consideren, igualmente, la redención de Cristo. Él fue la propiciación de todo su pueblo, y todos aquellos que

entrarán en el cielo comparecerán allá por un acto de justicia así como de gracia, en vista de que Cristo fue castigado en su lugar, y que sería injusto que Dios los castigara, pues él ya castigó a Cristo en vez de a ellos. Y, ya que Cristo pagó todas sus deudas, ellos tienen el derecho a su libertad

en Cristo; él los ha cubierto con su justicia, y tienen tanto derecho a la vida eterna como si ellos mismos hubieran sido perfectamente santos.

Pero, ¿de qué me sirve eso mientras el Espíritu no tome de las cosas de Cristo y me las muestre? ¿Qué es la sangre de Cristo para cualquiera de nosotros mientras no hubiere recibido el Espíritu de gracia?

Tú has oído predicar acerca de la sangre de Cristo mil veces, pero has seguido de largo. No significó nada para ti que Jesús muriera. Sabías que él hizo expiación por unos pecados que no eran suyos, pero solo cuando el Espíritu de Dios te condujo a la cruz, y te abrió los ojos, para ver a Cristo crucificado, entonces la sangre tuvo ciertamente un significado. Ah, mi querido oyente, que Cristo haya muerto no significa nada para ti a menos que tengas un Espíritu viviente en tu interior.

Dentro de las múltiples bendiciones del pacto solo menciono algunas, solo para mostrar que ninguna de ellas es de alguna utilidad a menos que el Espíritu Santo la dé. Las bendiciones provienen de Cristo, pero nosotros no podemos alcanzarlas. El Espíritu de Dios las hace bajar a nosotros. Es como el maná en las alturas, lejos del alcance de los mortales; pero el Espíritu abre las ventanas del cielo, hace descender el pan, lo pone en nuestra boca y nos capacita para

comerlo. El Espíritu es absolutamente necesario.

4. *Guiándonos en el camino*

Esto nos conduce a otro punto. *La experiencia del verdadero cristiano es una realidad; pero nunca puede ser conocida ni sentida sin el Espíritu de Dios.* Pues, ¿qué es la experiencia del cristiano? Permítanme darles solo un breve resumen de algunas de sus escenas. Una persona muy honorable vino a este lugar esta mañana. Nunca se ha entregado a ningún tipo de vicio externo; no ha sido nunca deshonesto; es conocido más bien como un comerciante recto y leal.

Ahora, para su sorpresa, se le informa que es un pecador perdido y condenado, y tan perdido en verdad como el ladrón que murió en la cruz por sus crímenes. ¿Ustedes opinan que ese hombre lo creería? Con todo, supongan que lo creyera simplemente porque lo leyó en la Biblia. ¿Pensan que ese hombre será llevado a sentirlo? ¡Imposible!

¿Pueden imaginar a ese hombre musitando: «*Dios, sé propicio a mí, pecador*», estando junto a la ramera y al blasfemo y sintiendo en su propio corazón como si hubiese sido tan culpable como ellos? Sería inconcebible, ¿cierto? Va en contra de la naturaleza que un hombre que ha sido tan bueno se rebaje al nivel del peor pecador. Ah, pero eso tendrá que

hacer antes de poder ser salvo; tiene que sentirlo antes de poder entrar al cielo; mas, ¿quién podría reducirlo a tan arrasadora experiencia sino el Espíritu de Dios?

Yo sé muy bien que la naturaleza arrogante no se doblega a hacer eso. Somos aristócratas en nuestra propia justicia; no nos gusta humillarnos ni ser contados entre los pecadores. Si somos llevados allá, tiene que ser el Espíritu de Dios el que nos derribe. Si alguien me hubiera dicho que tenía que clamar a Dios pidiendo misericordia, y que tenía que confesar que había sido el más vil de los viles, yo me habría reído en su cara, diciéndole: «Cómo, yo no he hecho nada particularmente malo; yo no le he hecho daño a nadie».

Sin embargo, yo sé que en este preciso día puedo tomar mi lugar en la más baja posición, y cuando entre en el cielo me sentiré feliz al sentarme entre los peores pecadores para alabar al poderoso amor que me ha salvado de mis pecados. Ahora, que un hombre íntegro a los ojos del mundo se sienta un pecador perdido, tiene que ser el resultado de la obra del Espíritu Santo, pues de lo contrario nunca lo haría.

Esto es tan contrario a la naturaleza humana, tan opuesto a los instintos de nuestra humanidad caída, que nada sino el Espíritu de Dios puede llevar a un hombre a despojarse de

toda justicia propia y de toda la fortaleza de la criatura, y a verse forzado a descansar y a apoyarse enteramente en su Salvador.

Permítanme describir ahora a un cristiano después de su conversión. Si llega la aflicción, él mira a la tempestad y dice: «Sé que todas las cosas obran para mi bien». Sus hijos fallecen, su esposa es llevada a la tumba; él dice: *«Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito»* (Job 1:21). Su hacienda fracasa, su cosecha se malogra, su negocio se arruina, todo parece perdido y él se ve reducido a la pobreza. Sin embargo, él dice: *«Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación»* (Hab. 3:17-18).

A continuación lo ves acostado en su lecho de enfermedad, y sumido allí, dice: «Bueno me es haber sido humillado, pues, antes de serlo, andaba descarriado; mas ahora guardo Tu palabra». Por fin, lo ves acercándose al valle de la sombra de muerte, y lo oyes exclamar: *«Sí, aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento»*.

Ahora, ¿qué es lo que hace que este hombre esté tan tranquilo en medio de todas estas aflicciones personales, sino el Espíritu de Dios? La noble y sublime experiencia de un cristiano en tiempos de tribulación demuestra que tiene que existir una obra del Espíritu de Dios.

Pero miren también al cristiano en sus momentos de dicha. Él es un hombre rico. Dios le ha dado abundancia. Y él dice: «No valoro estas cosas en absoluto, excepto en la medida que son un don de Dios; permanezco sin apegarme a ellas, y a pesar de ello, anhelo partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor. No necesito nada en la tierra, y aun el morir me sería ganancia, aunque tenga que dejar todo esto».

Ahora, ¿qué es lo que motiva a un hombre que dispone de todas esas misericordias a no poner su corazón en la cosas de la tierra? No es una mera virtud moral. No; lo que conduce a alguien a vivir en el cielo teniendo una tentación para vivir en la tierra solo puede ser únicamente la obra del Espíritu.

5. Obrando en nosotros el querer y el hacer

Y ahora, por último, *los actos aceptables de la vida del cristiano no pueden realizarse sin el Espíritu*; y de esto se comprueba otra vez la necesidad del Espíritu de Dios. El primer acto de

la vida del cristiano es el arrepentimiento. Si has intentado alguna vez arrepentirte sin el Espíritu de Dios, sabes entonces que exhortar a un hombre a que se arrepienta sin ayuda del Espíritu es exigir un imposible.

Arrepentirse es tan imposible para el hombre como imposible le es guardar la ley de Dios, pues el arrepentimiento está en la propia raíz de la obediencia perfecta a la ley de Dios. Si un hombre pudiese arrepentirse por su propia voluntad, entonces no habría necesidad de un Salvador.

El acto siguiente en la vida divina es la fe. Tal vez ustedes piensen que la fe es algo muy fácil; pero si son llevados alguna vez a sentir la carga del pecado, descubrirían que no es una labor tan fácil. La fe es la cosa más fácil del mundo cuando no hay necesidad de creer en nada; pero cuando tengo la oportunidad de ejercitar mi fe, entonces descubro que no tengo tanta fuerza para aplicarla. Cuando llegan el pecado y la aflicción, entonces descubro mi debilidad, y tengo que clamar pidiendo la ayuda del Espíritu. Por medio de él podemos hacer todas las cosas y sin él no podemos hacer absolutamente nada.

En todos los actos de la vida cristiana, ya sea al consagrarse a Cristo, o en la oración cotidiana; sea el acto de la sumisión constante o el de predicar el Evangelio; sea el de ministrar para las necesidades de los pobres o

el de consolar a los afligidos, en todas esas cosas, el cristiano descubre su debilidad y su impotencia, a menos que esté revestido con el Espíritu de Dios.

A veces, preparas un sermón y lo predicas, pero causas el mayor lío que se pudiera generar. Entonces dices: «Ojalá no hubiera predicado nunca». Pero todo esto es para mostrarnos que ni consolando ni predicando se podría hacer lo correcto, a menos que el Espíritu obre en nosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

Además, todo lo que hacemos sin el Espíritu es inaceptable para Dios; y todo lo que hacemos bajo su influencia, por mucho que lo despreciemos, no es despreciable para Dios, pues él nunca desprecia su propia obra, y el Espíritu no puede mirar lo que hace en nosotros de ninguna otra manera que con complacencia y deleite. Si tú pudieras elevar la mejor oración en el mundo, sin el Espíritu, Dios no querría tener que ver nada con ella; pero, aunque la oración sea débil, si el Espíritu la elaboró, Dios la aceptará.

Una pregunta final

Querido lector, ¿tienes entonces contigo al Espíritu de Dios? Si no has ido más lejos de lo que has caminado por ti mismo, entonces has tomado la vía equivocada. Pero, si has recibido algo que ni la carne ni la sangre pudieran

revelarte, si has sido conducido a hacer y a amar aquello que una vez despreciaste, y a despreciar aquello en lo que una vez se posaba tu corazón, entonces, si esa es la obra del Espíritu, regocíjate; pues donde él ha comenzado la buena obra, la concluirá.

Tú puedes saber si aquello es la obra del Espíritu por esto: ¿Has sido llevado a Cristo y has sido apartado de tu yo? ¿Has sido apartado de todos los sentimientos, de todos los actos, de todas las oraciones que constituían la base de tu confianza y de tu esperanza, y has sido llevado a confiar solo en la obra consumada de Cristo?

Si es así, esto es algo más de lo que la naturaleza humana puede lograr. El Espíritu de Dios ha hecho eso, y él nunca abandonará lo que comenzó una vez. Irás de poder en poder, y estarás en medio de la multitud lavada con sangre, por fin completo en Cristo y acepto en el Amado.

Pero si no tienes el Espíritu de Cristo, no eres para nada suyo. Que el Espíritu te conduzca a tu cuarto para llorar ahora, para arrepentirte ahora, para mirar a Cristo ahora, y que tengas ahora una vida divina implantada, que ni el tiempo ni la eternidad serán capaces de destruir. Dios oiga esta oración y haga que nos retiremos con una bendición, por Jesús nuestro Señor. Amén.

Condensado de www.spurgeon.com.mx

2ª Epístola a los Corintios

A.T. Pierson

Palabra clave: Consuelo**Versículo clave: 7:6-7.**

Aquí hay una riqueza de contrastes entre gozo y tristeza, entre humillación y exaltación. Pablo estuvo enfermo, a las puertas de la muerte, y fue sanado. Fue resistido en su apostolado y favorecido con las señales del apóstol, y aun experimentó un arrebatamiento al tercer cielo; juzgado por los hombres y vindicado por Dios; molestado por un aguijón en su carne y sustentado por la gracia todo suficiente. La nota clave, tanto del saludo inicial como del mensaje final, es «consuelo». El amor, entristecido por los pecados de los corintios, fue consolado por el arrepentimiento de ellos (1:3-4, 2:4, 7:6-7).

La segunda visita de Pablo a Corinto le causó mucha tristeza y humillación. Él enfrentó y reprendió divisiones sectarias; encontró y, con mucha indignación, denunció a los maestros judaizantes. Pero lo que más le entristeció fue ver en la iglesia la inmoralidad pagana. Los rumores de esas prácticas tal vez hayan sido el motivo de su visita. Esa chocante inmoralidad era apoyada por una ideología sobre la sensualidad. Él dudó en cómo tratar el mal, si con medidas moderadas o severas (4:21). La visita no alcanzó su objetivo, y la inmoralidad fue en aumento.

El judaísmo había ido asumiendo una actitud hostil más visible y maligna

contra Pablo. Parecen haber surgido impostores que portaban cartas de recomendación de la iglesia en Jerusalén (3:1-6, 11), y que hacían mofa tanto de los corintios convertidos – por su disolución–, como del apóstol –por su incompetencia para lidiar con el problema–. Ellos negaban el apostolado de Pablo y combatían su evangelio de un Cristo según el Espíritu, Hijo de Dios, con otro evangelio de un Cristo según la carne, Hijo de David. Oscurecían la fe e insistían en la obediencia a la ley mosaica.

Otro tema importante de esta epístola, el argumento más completo sobre el tema de las ofrendas, se desarrolla en los capítulos 8 y 9.

Símbolos del desierto (II)

A.B. Simpson

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Lecturas: 1ª Cor. 10:3-4, 13).

Estos versículos nos dan la sustancia de tres incidentes importantes de los capítulos 16 y 17 de Éxodo, describiendo el envío del maná, la apertura de la roca de Horeb y el conflicto de Israel con Amalec.

El maná

El maná requiere solo una corta explicación. No lo entenderás a menos que conozcas algo de este maná escondido que Cristo da al que vence. Parte de este maná fue puesto ante el Señor en una vasija de oro y guardado para generaciones futuras.

Esto nos enseña que la sustancia real del maná se conserva a través de todas las edades, porque Jesús mismo dijo: «Al que venciere, daré a comer del maná escondido» (Apoc. 2:17).

1. **Lo primero que notamos es que este pan era sobrenatural.** No crecía en el suelo del desierto, sino que era enviado desde arriba, por el poder y la sabiduría de Dios. Así, nuestra vida espiritual tiene que ser sostenida por medio de fuerzas sobrenaturales.

Un cristiano es más indefenso que una persona mundana. Cuanto más cerca estás de Dios, más dependes de él, y menos puedes sacar tu provisión de las fuentes antiguas. Morirás de hambre con las sobras de este mundo, a menos que hayas aprendido a alimentarte de este maná.

¿Estás viviendo del pan espiritual?
¿Se alimenta tu alma de algo más que de las ideas de los hombres y de los afectos y compañerismos de la vida?
Eres un puñado de polvo, que fácil-

mente se desmorona. ¡Cuánta ha de ser tu hambre y tu sed si no conoces algo de esto!

Tú que has empezado a seguir a Cristo, tienes que ser renovado a diario, siendo alimentado por el amor de Dios, los pensamientos y la vida de Dios. Porque él no nos da solo sus pensamientos, nos da su misma vida del corazón.

2. Era un pan sencillo; no había variedad. No tenían una comida variada, sino solo maná como primer plato, maná para el segundo y para los postres. Todo era maná, y nunca se cansaban de su sabor.

Dios alimenta a su pueblo con una sola clase de pan – Jesucristo. Puede presentarse en mil formas, pero es un Cristo vivo, en quien y para quien vivimos. Jesús solamente.

«He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley o no» (Éx. 16:4).

Puedes poner a prueba a los hijos de Dios por medio de sus gustos. Si no tienes en estima la oración, la adoración y la palabra de Dios, puedes estar seguro que no pasarás la prueba. Tu amor a la Palabra es una prueba de tu fidelidad. Y nunca vas a amar la Palabra a menos que sea pan para tu corazón.

3. Y con todo, aunque este maná solo consiste en una clase de alimento, **contiene todo lo necesario para la nutrición y sustento de tu vida.** Dios concentró en aquella pequeña simiente todos los elementos nutritivos. Qué hermoso es esto. Nos enseña que Jesucristo lo es todo. «Habiendo recibido, pues, al Señor Jesucristo, andad en él». Es el mismo que cuando lo saboreaste por primera vez; será igual en los años venideros; y será el mismo por todos los siglos de la eternidad.

4. Además, **este maná era algo insignificante en cuanto a su aspecto**, algo que podía pasar fácilmente inadvertido. De igual manera, Cristo, es una raíz de tierra seca, despreciado por los hombres. La Biblia es algo tenido por común en muchas casas, y muchos creen que es un libro muy árido. Pero recoged su maná y será tan dulce como aceite y miel, como se nos dice del maná material.

El maná tenía que ser recogido cada día, pues de lo contrario, se corrompía. Hay corazones también que son corruptos, porque no han mantenido su comunión con Dios. Están viviendo de maná añejo.

La verdad más dulce y pura puede contaminarse si no vives constantemente en un Cristo presente, y renuevas tu comunión cada semana y cada día.

Vas a aprender que este permanecer diario en Cristo es el secreto de tu vida cristiana.

Es muy hermoso que el maná cayera sobre el rocío. Ya sabemos que el rocío es el tipo del Espíritu Santo, el Consolador que deja caer sobre nosotros sus promesas y sus mandamientos, como si cayeran recientes cada mañana del cielo.

5. Además, **el maná y el día de reposo estaban unidos de modo especial.**

Este capítulo nos habla del día de reposo. Por primera vez, desde la creación, vemos que aún se observaba. Aproximadamente un mes después de esta escena fue ordenado el sábado en los Diez Mandamientos; pero aquí, antes del mandamiento, hallamos que ya existía el sábado.

Dios quería mostrarnos que el alimento espiritual y el reposo espiritual van juntos. El sábado es el tipo de la paz que sobrepasa todo entendimiento.

El pueblo que se alimenta de Cristo tiene el reposo del sábado; estas personas no viven agitadas, y no son conmovidas, porque sus corazones están establecidos en Cristo.

Amigos, ¿habéis aprendido el significado de esto? *«Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo ... Si*

no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros ... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí» (Juan 6:51- 57).

¿Sabes lo que significa esto? Cristo, un ser vivo, alimenta a tu propio ser, infundiendo vida en ti en cada momento, sosteniéndote interior y exteriormente. ¡Oh, que el Espíritu Santo se te revele! Solo esto te puede hacer fuerte para el servicio.

No es alimentar el intelecto de pensamientos humanos sobre la doctrina de Cristo. Esto no es el Pan de Vida; esto es alimentarse de cáscaras y paja, pero no del grano de su Palabra. O si se quiere, es alimentarse de trigo crudo, no de harina.

No es la Biblia solo, o la iglesia sola, sino Cristo que hace todo ello personal; y hay la misma diferencia entre una carta, con Cristo en ella, o sin Cristo en ella, como entre una carta recogida por mí en la calle, cuyo autor no conozco, y la carta que recibo de un amigo a quien amo. Hay una persona detrás de la carta. Hay una Persona tras cada página. Al leerla, ¿se conmueve tu corazón?

El agua

Vayamos al segundo versículo: *«Bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la Roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo»*.

El pueblo había llegado a Refidim, que era uno de los oasis del desierto de Arabia, un lugar en el que había fuentes. Era un lugar de reposo. Ellos esperaban que hallarían agua como era común, pero la corriente estaba seca, los árboles marchitos y todo desolado y muerto. Y por ello el pueblo prorrumpió en un gran clamor. Reprocharon a Moisés y murmuraron contra el Señor. Dijeron: «¿Está el Señor entre nosotros o no?».

Y Dios, en vez de darles el castigo que merecían, se acercó a ellos con amor, como siempre hacía. Le dijo a Moisés que llamara a los ancianos aparte. Moisés llevó a estos hombres consigo a la fuente, y allí, ante la roca, con la columna de nube en su lugar,

La verdad más dulce y pura puede contaminarse si no vives constantemente en un Cristo presente, y renuevas tu comunión cada semana y cada día.

Moisés con la vara dio contra la roca, y la abrió, y al instante manó de la hendidura un chorro de agua que se extendió por el terreno del oasis, hasta que todos, con gritos de alegría, pudieron beber en abundancia.

Aquí vemos que el ganado y las personas bebieron. Esta fuente no se agotó, pues siguió manando hasta que se formó una corriente duradera. Pablo dice: «Bebieron de la roca que les seguía». Siguió manando, y fue siguiéndolos; y, aunque a veces no podían hallarla sobre el suelo, podían cavar y la encontraban. Y así hubo agua durante toda su trayectoria por el desierto, procedente de la apertura de la roca. Bebieron de la Roca que los seguía, y era la misma roca espiritual – era Cristo.

El agua es uno de los símbolos de las cosas espirituales. Vemos esto en el Génesis, en la historia de la pobre Agar. Hallamos lo preciosa que era al agua, otra vez, durante el reino de Acab y la vida de Elías. Cristo habla a la mujer de Samaria del pozo de agua que salta para vida eterna. Y Juan habla de un río de agua clara como el cristal que fluye del trono de Dios y del Cordero, y respecto al cual el Espíritu y la Esposa dicen: «Venid, y que cada cual beba de esta agua gratuitamente».

Para nosotros esto significa la plenitud de la salvación. Más especí-

ficamente, es la obra del Espíritu Santo.

El pan es el tipo de Jesús, y el agua el del Espíritu. El Espíritu Santo es mencionado bajo esta imagen del agua en su gracia refrescante y renovadora. Fluyendo alrededor de nosotros en el océano, por encima en la humedad que llena la atmósfera, y sin la cual no puede existir la vida, el agua es uno de los elementos vitales del universo físico, y el símbolo vívido de Su gracia infinita e ilimitada. Nos habla también de que el Espíritu Santo es gratuito para todo el que le recibe.

Notemos, primero, que esta agua viene de la roca hendida. La vara del legislador hendió la roca antes que saliera el agua. Y Dios tiene que herir a su Hijo antes del día de Pentecostés y el gozo del Espíritu Santo pueda alcanzar nuestros corazones. No solo empezó a manar el agua, sino que siguió haciéndolo, y desde entonces el Espíritu Santo ha estado en la iglesia. Está aquí hoy. Es para nosotros hoy. No hay limitación en la plenitud de su bendición para los que quieren recibirlo.

No solo siguió manando el agua de la roca, sino que fue por el desierto; había un cauce preparado para ella; y cuando no hubo cauce, fluyó por debajo del suelo. Y lo mismo el Espíritu Santo no viaja en acueductos, sino por todas partes.

Estoy contento de saber lo que es trabajar, y Cristo lo sabía más aún. No creo que un hombre indolente pueda gozar de la plenitud del gozo de Su gracia. Cristo anduvo por un camino que recorrió todo lo que pasamos nosotros, de modo que estas corrientes fluyen por entre la vida común. Algunos pasáis horas de tribulación, trabajo, negocios, bajo una tremenda presión y monotonía. No importa mucho si tenéis provisión divina, sí, y podéis tenerla para la mañana, la tarde y la noche, como si estuvierais en el servicio sagrado, o sea, del culto.

No hay nada de que yo esté más agradecido que de la suficiencia de Cristo para las doce horas del día y las doce de la noche. Estoy seguro que habría desfallecido hace mucho si no hubiera en él un refrigerio y deleite continuo.

No creo que tengamos necesidad de pasar hambre cuando tenemos un banquete preparado en un palacio. Dios quiere ver que pones la mano sobre las cosas más difíciles, y hallar que son fáciles por medio de Cristo. Esta agua viva es para el desierto, no para momentos de eminencia gloriosa. Va a ayudaros a vosotros, estudiantes, despejando vuestra mente. Va a ayudaros a vosotras, mujeres atareadas en el hogar. El corazón de Dios está con vosotras. Sabe la vida

que tenéis que vivir. Pero él irá con vosotras por todas partes.

Esta es la clase de gracia de la que queremos hablar a todo el mundo.

Conflicto y victoria

Una lección más todavía, y se trata del conflicto con Amalec. Me alegra saber que Dios no permite que venga la batalla hasta que haya pan y agua. Si Amalec hubiera aparecido antes de que cayera el maná o fuera abierta la roca, mucho me temo que se habría salido con la suya. Pero Dios te fortifica para la batalla llenando tu vida y tu corazón con su suficiencia.

En primer lugar, la batalla con Amalec representa las tentaciones de la carne. Amalec era descendiente de Esaú, un hombre carnal. La raza de Amalec representa lo que es animal en el hombre, pero no solo los apetitos burdos del animal, sino los deseos y ambiciones de la carne, impuros y mundanales. Podemos tener goces que tocan a la tierra, y con todo, estar arraigados en Dios, o podemos tener estas cosas centradas del todo en la tierra.

Amalec venía de muy lejos; nadie le había provocado. Vino por cuenta propia, porque aborrecía este nuevo camino, y quería destruirlo antes que llegaran al Sinaí. Y ya sabéis dónde va a empezar la campaña: quizá camino de tu casa, sentado a tu mesa, o en alguna de las cosas que hagas

antes de la noche. Lo mismo Amalec vino para pelear con Israel. Y parece estar aquí implicado que Amalec vendrá hasta el fin, porque dice que Dios va a tener guerra con Amalec de generación en generación.

Amalec no fue allí donde estaba la columna de fuego, sino que fue por detrás, solapadamente. «...te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no tuvo ningún temor de Dios» (Dt. 25:18). De manera astuta, él vino y peleó con los que estaban cansados.

Si estás adelante, en la vanguardia, no le verás. Pero si estás dudando y vacilando atrás, entrando en compromisos con el mundo, y temes confiar en Dios con todo tu corazón, entonces vas a vértelas con él. No te quedas rezagado; vé siempre adelante.

Amalec es el tipo de los adversarios que vienen en el mundo a rodearnos, a veces con poder tremendo. Fácil sería mostrar esto volviendo atrás las hojas de tu vida. Amigo, ¿qué es lo que más te ha hostigado? ¿No es la carne? ¿Qué es lo que ha minado la fuerza de tu vida? Si pudiera hablar de los jóvenes que vienen a veces a contarme la historia de su naufragio, te dolería el corazón. Quizá fue una lectura impura, para gratificar sus gustos carnales, quizá no muy burda al principio; basta con las columnas

sensacionalistas de algunos periódicos perversos; me da asco tan solo el leer sus titulares.

Es aquí donde empiezan las concupiscencias de la carne. Pero siguen más adelante. El mal tiene el poder de encantar a la gente; les arrastra hasta el punto que no pueden detenerse a pensar en las espantosas simas en que se están hundiendo.

Una de las hermanas más fuertes que conozco quería visitar a ciertas personas. «Voy», me dijo, «para tratar de hacerlas buenas». Le advertí de algunos cristianos que habían ido hacía un tiempo para convencer a ciertas personas de que estaban equivocadas y fueron ellos mismos los que quedaron perdidos.

Amigos, eviten las primeras escaramuzas. Ventrán por la retaguardia, no por delante. Vienen en el teatro, en el baile, cada uno de ellos saturado con el espíritu de la carne, brutal y animal. Cuando se gratifica el deseo, se vuelve más difícil de satisfacer la próxima vez, y así va siguiendo hasta que los placeres más burdos no pueden satisfacer su sed abominable, y así se hunde, corrompido, en la muerte y la destrucción.

Amalec es el que destruye a nuestro pueblo. Amalec está destrozando la vida de esta generación, como la destruyó en las ciudades de las llanuras. E incluso escribiendo a los Efesios y a

los Colosenses, el apóstol Pablo, después de hablar de los lugares celestiales en Cristo Jesús, advirtió en los tonos más solemnes que se abstuvieran de las concupiscencias de la carne, que pelea contra el alma.

Librándonos de la carne

No puedes librarte tú mismo de la carne, esto es seguro. Si Josué hubiera ido solo a pelear contra Amalec habría sido derrotado. Mientras Josué dirigía, ¿qué estaba haciendo Moisés? En el monte, estaba levantando la mano al cielo, todo el día. Y cuando la lucha concluyó, él edificó un altar y lo llamó «Jehová-nissi: Jehová, mi bandera». Significaba que había alzado la mano y la vara todo el día como prueba de que Dios había peleado la batalla. Así, es la batalla del Señor, no la mía.

Israel tuvo que luchar con Amalec durante cuarenta años, y entonces Dios se hizo cargo de la batalla e Israel entró. Creo que puedes ser librado de esta lucha con la carne. Porque leemos que Dios va a borrar el recuerdo de Amalec de debajo del cielo.

Si pones la mirada en Jesús, no estarás temiendo constantemente caer en pecado. No quiero decir que seas presuntuoso, y que no estés en peligro de caer. Toda persona está en este peligro, a menos que permanezca en Cristo.

«*Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*» (1ª Cor. 15:57). La razón por la que no obtienes la victoria es porque eres tú el que luchas. Pero basta con que cedas la lucha al Señor, y verás que este pasaje es verdad: «*Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley*» (Gál. 5:18).

El Señor tendrá guerra con Amalec de generación en generación, y cuando éste venga, el Señor le vencerá. Quizás hay un Amalec en tu corazón con el que el Señor está luchando. El Señor te ama tanto que quiere quitar el mal y dejarte libre. Cuando hay algo que se quema, seguro que no es oro; es madera o paja, y cuando el Señor pone su mano sobre ello, es porque es algo que no debería estar allí.

Traigamos a Amalec y su caterva al lugar de su ejecución. Si hallas, a causa de tus fracasos que hay algún lugar en que tiene poder, hazlo salir, como Samuel hizo con Agag, a la presencia del Señor y decapítalo. Cuando Saúl estaba tratando con contemplaciones al rey cautivo, reservándolo para su triunfo, Samuel fue y lo ejecutó. Samuel era tierno y dulce como una madre, pero aquí había algo con lo que había que ser inexorable. Así que si tienes algo, llévalo al Señor y entrégaselo.

«*Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación*». Este espíritu de la carne es rebelde y no

quiere someterse a Dios. No se le puede mejorar; ha de ser destruido. La enseñanza es que no puedes mejorar la vieja naturaleza, así que has de ponerla en manos de Dios.

Lléname de este pensamiento. No solo puedes orar pidiendo ayuda y misericordia divina, sino que puedes levantarte y sentarte en lugares celestiales con Jesucristo en el trono. Entonces, si tú estás con él, tu mano está en el trono también. No es ya pedir o rogar, sino ordenar en el nombre del Señor.

«*He aquí os doy potestad para hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará*» (Luc. 10:19). Cuando Su amor entra a raudales, la carne tiene que salir. Dios no quiere que luchemos a solas, sino que le tengamos a él y estemos tan llenos de su vida que el mal sea expulsado. Enciende la lámpara, y la oscuridad huye; trae luz, y se va por sí misma. Este es un secreto simple. No trates de expulsar la oscuridad, déjala sola, pero trae tú la luz y Dios lo hará. Guarda tu corazón en Cristo y a Cristo en tu corazón.

«*Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*» (Gál. 5:16). Mantente lleno de Jesús. Endulza tu paladar con su gozo. Permanece en Cristo. Ten a Cristo en el trono, y deja que él pelee tus batallas.

Condensado de *Símbolos Divinos*, cap. 13.

Tipos de reuniones

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

«...Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2:42).

En la lección anterior hemos analizado el principio de congregarse; ahora veremos su aspecto práctico. En la Biblia, podemos percibir cinco tipos diferentes de reuniones – reuniones de evangelismo, del partimiento del pan, de oración, de ejercicio de los dones o reuniones de comunión, y reuniones del ministerio o de predicación. En el Nuevo Testamento, encontramos ejemplos de todas ellas. Así, sabemos que en la época de los apóstoles había por lo menos estos cinco diferentes tipos de reuniones.

Hoy también la iglesia necesita tener todas estas diversas reuniones para ser fortalecida delante de Dios. Debemos aprender cómo reunirnos, a fin de ayudar a que los hermanos y hermanas crezcan en el Señor.

Reuniones de evangelismo

Este es el primer tipo de reunión en el libro de los Hechos, así como en los evangelios. A juzgar por la histo-

ria de la iglesia primitiva, las reuniones de evangelismo fueron las más básicas de todas las reuniones de la iglesia.

No fue sino hasta después que la iglesia comenzó a declinar, en los siglos III y IV, que las reuniones de evangelio perdieron gradualmente su prioridad y las reuniones del ministerio asumieron el rol principal. La popularidad de oír sermones es un reflejo de la condición debilitada de la iglesia. En la iglesia primitiva, predicar el Evangelio en lugar de oír sermones ocupaba el primer lugar. La situación inversa de hoy es una prueba del fracaso de la iglesia. Para tener una iglesia fuerte, la predicación del evangelio debería ser restaurada a su posición de preeminencia original.

Tan pronto como las personas llegan a creer en el Señor, ellas inmediatamente deberían empezar a ayudar en la predicación del Evangelio. No les

debe permitir desarrollar el hábito de oír sermones; en cambio, se les debe ayudar a cultivar el hábito de servir predicando el Evangelio.

Participar en el cuerpo

Es necesario alentar a todos los hermanos y hermanas a asistir a las reuniones del Evangelio. Tales hermanas y hermanas no deben pensar que ya no necesitan asistir porque ya han sido salvos. Es cierto, son salvos, pero en las reuniones del Evangelio ellos tienen un rol activo que cumplir. No asisten pasivamente, sino que vienen a trabajar. Nadie puede ser negligente en relación a las reuniones del Evangelio. La cuestión no reside en si conoces o no el Evangelio. De hecho, tú deberías conocer el contenido de cada reunión. Pero deberías venir a las reuniones del Evangelio para poder ayudar, teniendo así una participación personal en ellas.

Reuniones del partimiento del pan

La siguiente reunión en importancia es la del partimiento del pan.

La mesa y la cena

En las Escrituras, la reunión para el partimiento del pan tiene dos aspectos distintos. 1ª Corintios 10 se refiere a *la mesa del Señor* mientras 1ª Corintios 11 apunta a *la cena del Señor*. Queremos examinarlos en orden inverso, partiendo de 1ª Corintios 11.

En la cena del Señor, el pan es el cuerpo de Cristo, aludiendo al cuerpo físico del Señor. Al participar de este cuerpo que es dado para la remisión de nuestros pecados, nosotros recibimos vida. El pensamiento básico de la cena del Señor es hacer memoria de Su persona. El significado de la cena reside en recordar cómo el Señor derramó su sangre para que nuestros pecados pudiesen ser perdonados.

Pero 1ª Corintios 10 toma otro aspecto. El partimiento del pan es llamado «la mesa del Señor». «*Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo*» (v. 17). En 1ª Corintios 11 el pan es el cuerpo físico del Señor; pero, en 1ª Corintios 10, el pan somos nosotros. Nosotros, siendo muchos, somos un pan. En otras palabras, la mesa del Señor enfatiza la comunión o compañerismo de los hijos de Dios. El capítulo 11 subraya la memoria del Señor, mientras que el capítulo 10 hace hincapié en la comunión de los hijos de Dios.

Por lo tanto, tenemos dos significados. Uno es directo: nuestro enfoque se vuelve hacia el cielo, recordando al Señor. Y el otro se centra en tener comunión unos con otros – un pan sobre la mesa. Todos tenemos parte en este pan; todos nosotros somos el pueblo de este único pan. Tú perteneces a este pan; yo también. Tú has

aceptado al Salvador, igual yo. Por lo tanto, deberíamos tener compañerismo en el Señor. En el partimiento del pan, nosotros venimos ante el Señor para tener comunión con él y con todos sus redimidos.

Reuniones de oración

La reunión de oración es también un encuentro importante. Cada tipo de reunión tiene sus rasgos particulares. El testimonio que Dios se ha propuesto mantener sobre la tierra se cumplirá conjuntamente por la predicación del Evangelio, el partimiento del pan y la oración corporativa. Las reuniones de oración pueden ser tanto difíciles como fáciles. Los creyentes nuevos necesitan aprender sobre este tipo de reunión.

De acuerdo

Un requisito fundamental para que los hermanos y hermanas oren juntos es estar unánimes. El Señor nos dice en Mateo 18 que debemos estar de acuerdo en la tierra. Antes y durante el día de Pentecostés, los ciento veinte creyentes oraron unánimes (Hech. 1.14-15). Por lo tanto, la primera condición de una reunión de oración es ser de un solo corazón y una mente.

¿Cómo pueden reunirse las personas para orar si cada cual tiene su propia mente? La palabra «acuerdo» de Mateo es más pesada. El Señor promete: *«Si dos de vosotros se pusieren*

de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho» (v. 19). El vocablo original en griego se utiliza en música para denotar la armonía. Si una persona está tocando sola, no hay problema. Pero si tres tocan juntos y uno de ellos desafina, el resultado es discordia.

Asimismo, nuestras oraciones no deberían desentonar. Si somos capaces de concordar el uno con el otro, Dios oirá lo que pidamos. Lo que atemos en la tierra será atado en los cielos, y lo que desatemos en la tierra quedará desatado en los cielos (ver Mateo 18:18). La condición básica es la armonía. Por lo tanto, aprendamos a ser armoniosos y no oremos cada uno según su propio deseo.

Reuniones de ejercicio de los dones

Los dones manifestados en cada iglesia local son diferentes. En algunas iglesias locales, Dios puede dar palabra de revelación, así como dones de profecía y de enseñanza; en otras, él puede agregar el don de lenguas y de interpretación de lenguas. En algunos lugares, él puede dar el don de enseñanza sin dar algún otro don milagroso; o podría ser lo opuesto, dones milagrosos sin el don de la palabra.

Nosotros no podemos dictar lo que Dios hará en su iglesia. Pero lo que sí conocemos es el principio de este tipo de reuniones: Él desea que sus hijos ejerzan sus dones. Es evidente

que no podemos ejercitar los dones que no tenemos, pero sí podemos utilizar los dones que poseemos. Por lo tanto, ninguna iglesia local puede imitar a otras iglesias locales en cuanto al ejercicio de los dones. Cada una de ellas debe ejercer ante Dios los dones que tienen los hermanos y hermanas de la localidad. Lo que estamos describiendo aquí son las reuniones según el principio de 1ª Corintios 14.

Una cosa deberían saber los nuevos creyentes: no todos pueden intervenir en las reuniones de ejercicio de los dones. Solo pueden hablar quienes han recibido dones. Nosotros no aprobamos el ministerio de un solo hombre, ni el ministerio de todos los hombres. Dios juzga a ambos como inapropiados. Solo aquel que ha sido dotado debe ministrar la palabra; no todo el mundo puede hablar.

¿Dónde reside la dificultad hoy? El problema es que los hermanos con ministerio asumen que la reunión está abierta a la intervención de todos, cuando realmente ella lo está solo para esos hermanos dotados en el ministerio, no a cada hermano y hermana. ¡Ellos son como bocas que se niegan a hablar, mientras esperaban que hablen las manos, los pies y los oídos! ¿Qué se puede esperar de tal reunión, sino confusión? Por lo tanto, todos los hermanos que están dotados deben abrir sus bocas en la

reunión. En cuanto a los demás, solo deberían hablar cuando tengan algo valioso que aportar.

Reuniones del ministerio

Esta es la menor de todas las reuniones; aún así, es parte del orden establecido por Dios y, por lo tanto, no debe ser descuidada. A través de tales reuniones, podemos recibir el suministro de la palabra de Dios. Es posible que tengamos la oportunidad de oír la palabra cuando un obrero nos visita o cuando algunos maestros y profetas residan con nosotros. No sugiero que esta no sea una reunión importante; simplemente digo que es la más simple.

Abrir los corazones

Al asistir a esas reuniones, espiritualmente hablando, el primer requisito es llevar el corazón abierto. Quien escucha con prejuicios nunca conseguirá nada. Aquel cuyo corazón está cerrado no recibirá bendición de Dios. Nadie debe sentarse allí para criticar. Dios bendice al oyente, no al crítico. A menudo digo que, si un mensaje es bien o mal entregado, esto depende la mitad del predicador y la mitad de la audiencia. Ningún predicador puede llevar a buen término una reunión si se enfrenta con corazones herméticos, mentes cerradas y actitudes críticas.

*Traducido de Spiritual Exercise.
Chapter 17: «Various Meetings».
Christian Fellowship Publishers.*

Padres: pastores de corazones

Dichoso el hijo que, bajo la guía amorosa de sus padres, llega a reconocer su destino y la necesidad de un Salvador en todo lo que le acontezca.

Marcelo Díaz P.

Es tarea de los padres educar a los hijos. La educación requiere dedicar tiempo, sacrificio y disciplina, entre otras cosas. Ser padre implica un profundo compromiso consigo mismo y una visión que alimente el esfuerzo de una conducta coherente con la enseñanza entregada.

La conducta, centro de atención

Nuestra mayor preocupación como padres, efectivamente, son nuestros hijos; especialmente su conducta, que es la parte visible de la manifestación del ser. Atendemos a ella desde que nuestros hijos son pequeños.

Los primeros años tratamos de descifrarla ante la ausencia del lenguaje, y con el paso del tiempo, a través de ella, conocemos cuánto han aprendido. Es como un instrumento de medición que nos entrega indicadores en la delicada tarea de ser padres.

Sin darnos cuenta, la conducta asume el centro de nuestro objetivo a educar. Nosotros fijamos sus modalidades. Cuando un hijo pequeño regresa del colegio, le preguntamos: «¿Cómo te portaste?». Según sea su comportamiento, le diremos: «Si te portas bien, te daremos esto», o «Si te portas mal, no te compraremos aquello». Al hijo adolescente, le advertimos: «Cuidate, pórtate bien...».

Frases como éstas descubren cuánto nos centramos en la conducta. Por su parte, el medio que nos rodea también contribuye a esto cuando se premia a los niños por buen comportamiento. La premiación refuerza la conducta.

¿Por qué valoramos tanto la conducta de un niño? Porque su comportamiento nos habla de cuánto ha internalizado las normas y principios que valoramos. Un padre descansa, o sufre, con la conducta de sus hijos.

Los padres anhelamos que nuestros hijos ‘se porten bien’, y no nos causen problemas; vale decir, que su conducta sea adaptativa al medio en el cual se desenvuelven.

La seguridad de pastorear el corazón

Pero a nosotros, como padres cristianos, ¿nos interesa solo la conducta en nuestros hijos? ¿Será que educar solo la conducta en un niño nos garantiza fruto a largo plazo? ¿La conducta refleja necesariamente la vida interior del ser humano?

La experiencia nos enseña que podemos encontrar personas con conducta ejemplar y, no obstante, un corazón distanciado de los valores y principios que fomentamos. Tarde o temprano eso se manifiesta, quedando en evidencia.

La conducta es el último eslabón de una serie de constructos internos que la Biblia llama corazón, a lo cual Dios da suma importancia, porque de ello depende todo lo demás.

Por lo tanto, podemos concluir categóricamente que la tarea de educar la conducta no necesariamente educa el corazón; en cambio, educar el corazón, sí garantiza un efecto trascendente en la conducta.

Esta máxima, que suena tan simple, debemos tenerla presente permanentemente toda vez que hacemos

la tarea de educar a los hijos, pues es un principio vital para la buena crianza.

En resumen, podemos decir que un padre debe pastorear el corazón de sus hijos, porque solo así asegurará conductas provechosas conducentes al bien.

El tesoro del corazón

Observemos algunos pasajes de las Escrituras que arrojan luz al respecto. Estos versículos son una demostración de lo importante que es la vida interior de un hombre.

Jesús dijo: *«El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno; y el hombre malo, del mal tesoro saca lo que es malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca»* (Lc. 6:45).

«Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre» (Mr. 7:21).

Salomón recuerda las enseñanzas de sus padres: *«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida»* (Pr. 4:23). *«Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatu-*

Educar un corazón sano, dócil a Dios, nos dará garantía de fruto. Progresivamente, veremos como la conducta se ajustará a los dictámenes del corazón que ha gustado de Cristo.

ra, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1 Sam. 16:7).

Cuatro hijos

Veamos algunos ejemplos. En una oportunidad, el Señor enseñó una parábola de un padre con dos hijos, a quienes él envía a trabajar a su viña. El primero manifestó una conducta negativa, pero al final, arrepentido, obedeció. Luego, el segundo manifestó una conducta activa, diciendo a su padre que obedecería a su mandato; sin embargo, no cumplió.

La enseñanza de la parábola es que el corazón manda la conducta. El hijo que hizo la voluntad del padre fue el que, en primera instancia, se negó, pero que luego su corazón arrepentido le impulsó a tener un comporta-

miento obediente, contrario al corazón indiferente de su hermano.

Otro ejemplo. En el libro de Génesis se relata la primera incursión del trabajo educativo de los padres sobre los hijos. Caín y Abel. Cuando éstos se acercaron a entregar sus ofrendas, Dios miró sus corazones más que su conducta oferente, pues dice el texto: «*Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya*» (Gn. 4:4-5).

¿No es natural esperar que siendo criaturas en formación tuviesen una conducta errada? ¿Esperaba Dios perfección en su conducta? No. Por lo tanto, ¿dónde estaba el centro de la atención de Dios? En el corazón.

Dios le pregunta a Caín: «¿Por qué estás enfadado?». Luego sostiene que Caín no tiene una queja legítima, y le instruye como un padre a mejorar: «*Si hicieras lo bueno, podrías levantar la cara, pero como no lo haces, el pecado está esperando el momento de dominarte. Sin embargo, tú puedes dominarlo a él*» (Gén. 4:7, DHH). Dios conoce el corazón de Caín. El consejo de Dios es muy bueno: «Ten cuidado con el pecado y toma dominio de él. No dejes que el pecado domine tu corazón». Sin embargo, Caín no aceptó el consejo y se llenó de ira, la que luego saciaría dando muerte a su hermano.

Riesgos

¿Cuáles son los riesgos de centrar la crianza en la conducta? Identificamos por lo menos tres tipos de consecuencia en el comportamiento de un hijo.

1. La rebelión de los hijos

Un hijo acumulará frustración, impotencia, rencor, amargura, cuando lo que se espera de él son solo conductas.

Estas emociones nacen frente a una disciplina severa desprovista de un pastoreo del alma. Un hijo educado bajo este principio tendrá el fuerte impulso a rebelarse a la primera ocasión que su carácter lo permita.

2. La hipocresía religiosa

Al llegar a cierta edad, un hijo se cansará de jugar el papel de niño bueno. El medio social comenzará a sugerir cuestionamientos y tentaciones que le será difícil resistir; por lo tanto, su conducta se verá dañada por la trasgresión y, junto a esto, sentirá un real compromiso de lealtad con sus progenitores a mantener pureza en su conducta.

Entonces, la única salida a su alcance será la conducta hipócrita, es decir, vivir un doble estándar; por un lado, satisfacer los apetitos que no puede resistir y, por otro, cumplir la lealtad empeñada a sus padres.

3. La conducta legalista

Esta consiste en la aplicación de leyes y reglamentos humanos para obtener justificación por méritos; es decir, criar hijos cuya conducta 'ejemplar' se sostenga en base a la observación de normas que le traen bienestar justificatorio como recompensa, que más tarde se aplicará como medida moral a los demás.

Beneficios

¿Cuáles son los beneficios de pastorear el corazón de un hijo? Muchos, entre los cuales podemos mencionar:

Se fortalece la relación padres - hijos. Dado que la crianza es un constante crecimiento, lo importante no está en el resultado o conducta, sino en la relación de las partes.

Al poner atención en *la conducta*, nos deprimimos, puesto que muchas veces nuestros hijos equivocarán el camino y nosotros también. Pero si atendemos a *la relación*, nos llenaremos de esperanza, dado que tras cada posible error habrá la oportunidad de amar, creer y soñar. La relación se fortalece; los hijos se motivan, se vuelve a creer, nace la fe.

Se establece un ambiente de confort. Un hijo que es objeto de un sano pastoreo del alma, será resguardado de temores. Tendrá a quien acudir especialmente en la angustia, cuando aquejado por el dolor busque un

alma tierna que lo consuele. El ambiente generado está enmarcado en el respeto mutuo, la confianza, la seguridad que solo ofrece el amor. No hay mayor placer para un padre que confiar en un hijo; y no hay placer más grande para un hijo que confiar en su padre.

Se busca la voluntad de Dios. El alma tiene un destino en Dios. Un hijo tiene propósito en Dios; por lo tanto, todo cuanto le acontezca tiene esta finalidad absoluta. Los éxitos y los fracasos, las alegrías y las tristezas, están incorporadas en un todo que tiene sentido cuando el ser se entrega a conocer a su Creador.

Un hijo tendrá la especial orientación pastoral de sus padres a reconocer su destino y la necesidad de un Salvador en todo lo que le acontezca. Pedir socorro y recibir los recursos del cielo es la experiencia real de todos cuanto se acercan al Señor.

Los beneficios que trae pastorear el corazón de los hijos están ligados con las promesas del Señor. Educar un corazón sano, dócil a Dios, nos dará

garantía de fruto. Progresivamente, veremos como la conducta se ajustará a los dictámenes del corazón que ha gustado de Cristo.

La Biblia nos habla del rey David como un hombre conforme al corazón de Dios. Esto le permitió agradar a Dios con su conducta, que, aunque no fue irreprochable, supo honrar a su Señor humillándose, reparando los errores, enmendando el camino y volviéndose a su Dios.

Por el contrario, Judas, discípulo de Jesús, mantuvo una 'buena conducta', que permitió obtener la confianza en la administración de los recursos de los Doce. No obstante, su corazón fue rebelde a la gracia divina, y amó la codicia, la cual le llevó a romper su lealtad al Señor, entregando con un beso al amigo que le amaba.

Padres, lo más seguro es trabajar el corazón. Pongamos el nuestro a pastorear el corazón de nuestros hijos, porque de él mana la vida. *«Entonces les daré pastores según mi corazón, que los apacienten con conocimiento y con inteligencia»* (Jer. 3:15).

Lo más grande para la humanidad

El 21 de junio de 1969, Neil Armstrong fue el primer hombre en pisar el suelo lunar. En julio de 1971, después de pasar por la misma experiencia, el astronauta James Irwin dijo: «Lo más grande para la humanidad no es que el hombre haya caminado sobre la Luna, sino que Dios haya caminado sobre la tierra en la persona de Jesucristo».

Tomado de la WEB

Cartas de nuestros lectores

Revistas en la web

La revista ha sido de mucha bendición para el pueblo de Dios de habla hispana. Hace un tiempo fui invitado a exponer un par de temas relacionados con Ciencia y Fe a una iglesia denominacional en Santiago, donde asistieron unos 1.400 hermanos, principalmente jóvenes. Al conversar con algunos de ellos, me comentaron que visitaban la página web y bajaban artículos de la revista, además de leer otras temáticas. Esto constituye un aliciente para el equipo que trabaja en ella.

Ricardo Bravo (Chile).

Alabanzas

Sus alabanzas han sido de gran bendición para nuestras vidas y para la iglesia. Sus coros los cantamos aquí y nos bendicen por su mensaje cristocéntrico.

José García Domínguez (México).

Estudio sobre Génesis

Gracias por el estudio de Génesis que encontré en su sitio web. Génesis es un libro que muchas veces leí, entendiendo el concepto histórico y los hechos, pero pocas veces con la revelación del Espíritu. Me ha permitido ver las riquezas que el creyente tiene a través de la gracia de Dios.

Mauricio Rubio (México).

Recursos espirituales

Estoy maravillado y agradecido a nuestro Padre, por su página y por la riqueza que en ella se encuentra. Es una gran bendición acceder a todos esos recursos espirituales. Gracias a Dios por los mensajes en audio, las revistas PDF y todas las series y libros. Dios les bendiga.

Alexis Safont (Cuba).

Devocionales

Con frecuencia visito el sitio de internet y estoy agradecido por la gracia que Dios derrama a través de su iglesia. Los devocionales me parecen llenos de gracia y revelación. He tenido también oportunidad de conectarme en algunas ocasiones a las transmisiones de entrenamiento para jóvenes con el hermano Christian Chen, y me he llenado de gozo.

Eliás García (México).

Hermanos de Londrina

Quiero agradecerle de todo corazón el hecho de poner a disposición de todo el mundo, el disco de canciones cristianas de los hermanos en Londrina (Brasil). Sin entender portugués, pero siguiendo la letra, puedo confirmar que ha sido para mí una bendición conocerles.

Albert Escuin (España).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Año 16 · N° 77 · Enero - Febrero - Marzo 2015.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.